



Hay ciertas cosas
que una
no puede
hacer descalza



Margarita
García Robayo

Rina, Julia, Miriam, Sofía, Susy, Diana, Beatriz, Mary y Lili: nueve mujeres, nueve formas de entender el mundo. Las historias encadenadas que componen esta novela peinan a contrapelo la literatura hecha para mujeres a fin de posicionarse como literatura hecha por mujeres. Por mujeres que en su día a día tiñen lo cotidiano con los tonos del amor, del desamor, de la pérdida, de la amistad, de la soledad, de la monotonía que se impone como marco salpicado con destellos de gracia. Y es que Margarita García Robayo hace de su escritura un instrumento capaz de rastrear en los detalles mínimos aquello que sostiene el andamiaje de un universo entero.

Margarita García Robayo

Hay ciertas cosas que una no puede hacer descalza



Título original: *Hay ciertas cosas que una no puede hacer descalza*

Margarita García Robayo, 2009

Revisión: 1.0

01/07/2019

Rina

Rina compró pastelitos de dulce, los acomodó en la bandeja redonda formando una «S» y los llevó al comedor, que tenía el mantel de mariposas violeta. Se había puesto su vestido largo azul, estaba impecable: lo había usado una sola vez, en un casamiento, hacía muchos años; esa vez, no bien se lo sacó, lo guardó en una bolsa almidonada. Rina pensó que esta ocasión, aunque pareciera de lo más doméstica, ameritaba también un poco de gala. En unos minutos se definiría el campeonato en el teleconcurso «Fuera Ignorantes» y su candidata, Susy, había llegado invicta al programa final.

Sólo una vez Susy estuvo a punto de perder, fue cuando le hicieron la pregunta de «Genética Avanzada». Querían que perdiera, no había duda. La pobre Susy se quedó muda, cerró los ojos, apretó los labios, se puso las manos en la cabeza y cuando faltaban tres segundos para el timbre —el timbre de los perdedores— gritó frenéticamente la respuesta:

—¡Dolly , la oveja Dolly !

Fue el momento de mayor tensión en todo el juego, pero esta noche Susy tenía todas las de ganar. Pudo elegir su categoría preferida: «Castellano Elemental»; y el programa elegiría a su contrincante. Rina había invitado a su amiga Carmen a ver el último episodio de Susy. Las dos estaban inscritas en el «Concurso para No Concursantes», que consistía en apostar por un jugador y, si ganaba la final, ir a la televisión a participar en un programa especial, cuyo premio mayor era una nevera doble puerta.

«¡Fuera ignorantes la-la-la!». Empezó la canción del programa y salieron las bailarinas en biquini rojo. Carmen estaba en el baño, Rina le gritó: «¡Yaaa!». Esta noche el público invitado eran los séniors del geriátrico Jardín Sombrío, que aplaudían y hacían un coro ronco: «¡Fuera ignorantes!». El set tenía esferas de espejitos colgando en cada esquina del techo y una torta tamaño familiar detrás del podio del conductor, Jimmy sólo Jimmy. Al principio el conductor se llamaba Jimmy, a secas, pero después, cuando se hizo famoso, apareció en ese comercial del dentífrico y su nombre cambió. En el comercial una voz de mujer preguntaba: «¿Quién tiene esta sonrisa?». Y unos dientes blancos ocupaban toda la pantalla; luego se iban alejando y alejando hasta que se veía completa la cara de Jimmy, que decía: «Jimmy, sólo Jimmy».

Rina suspiraba cada vez que veía el comercial y desde entonces usaba ese dentífrico. Pero no era por eso que veía el programa, ella lo había visto siempre. Y le molestaba esa gente que ahora hablaba del *show* y del mismo Jimmy como su gran descubrimiento. Que le decía «Jimmy sólo Jimmy» sin haberlo llamado antes Jimmy.

—Están un poco secos los pastelitos, querida.

Carmen traía la bandeja del comedor a la mesita de centro de la sala. Rina había pensado que lo mejor era poner todo en la mesa grande, para no incomodar, pero no estaba para discutir con Carmen.

—No están secos, son los mismos que comemos siempre.

Contestó. La «S» de pastelitos había desaparecido, ahora era un firulete confuso.

—Están secos, te lo estoy diciendo. Te apuesto que el panadero cambió la manteca. Todo lo que hacen por ahorrar, no se puede creer...

Rina había apostado por Susy desde el primer programa, y se había comprado el Sabelotodo que sacó el *show* en el último aniversario. Todos los días se estudiaba al menos diez cartones. Últimamente, cuando veía el programa, simulaba ser ella la que jugaba. Escuchaba la pregunta y luego le quitaba el volumen al televisor. Casi siempre sabía las respuestas; a veces era más rápida que la misma Susy. Rina no se consideraba una persona presumida y por eso no le había contado a nadie —ni siquiera a Carmen—, pero ella supo la respuesta de la oveja *Dolly* sin tener que pensarla.

Carmen, en cambio, sólo se animó a entrar en el juego cuando Susy pasó con tiempo de sobra la categoría más difícil: «Póngale precio a la Canasta Familiar». Los puntos que Carmen tenía acumulados sólo le servirían para cambiarlos por un electrodoméstico menor. Una exprimidora de naranjas, como mucho.

La modelo rubia hizo sonar la campana. El concurso estaba por arrancar, los viejitos sonreían ansiosos y algunos tosían. Jimmy sólo Jimmy llevaba un traje escarlata, bailoteaba despacito y tenía puesta su sonrisa. Del suelo salía humo. A veces Rina soñaba que estaba en el set del programa y que Jimmy le hacía preguntas sobre actores. Nunca fallaba en esa categoría. En el sueño Jimmy tenía un traje dorado y ella su vestido azul. Todo salía perfecto, hasta se llevaba la nevera. Pero ya fuera del set se daba cuenta de que su vestido azul era en realidad un bikini, como el rojo de las bailarinas, pero azul. Entonces abría la nevera para esconderse y se encontraba con Carmen en el cajón de las verduras, que la señalaba y se reía.

Rina le había contado a Carmen que usaría ese vestido el día que fuera al programa. Carmen le dijo que le parecía demasiado formal y que se vería ridícula, teniendo en cuenta que Susy ni se arreglaba. Rina estaba acostumbrada a que Carmen la criticara: su amiga criticaba cualquier cosa. Una vez se pelearon durante casi dos semanas, Carmen la acusó de estar cambiando el acento por culpa de las telenovelas extranjeras que solía ver. Pero con lo del vestido no se iba a dejar, se lo probaba todas las semanas y la propia Carmen tenía que ayudarla a subirse el cierre. Era toda una proeza, le quedaba apretado, pero iba cediendo. Rina estaba haciendo una dieta muy estricta a base de alcachofa.

Lo cierto era que Susy debía arreglarse un poco más, eso todo el mundo lo sabía. Pero Rina nunca lo comentó en público. En cambio Carmen se había atrevido a criticar a Susy en el salón de costura delante de las otras mujeres y a Rina le pareció un gesto de mal gusto.

—Hay algunos que ejercitan la mente, otros la lengua.

Le dijo aquella vez, y se fue dejando el *crochet* a medio empezar.

El contrincante era un gordo pelado que había llegado hasta el episodio quince con diferentes jugadores, hasta que se topó con Susy. Ella lo derrotó en «Canciones Populares». Apenas lo vio, Rina se acordó de él: «Señora Santana, ¿por qué llora el niño?». Y el tipo no supo. La gente podía ser muy tonta.

Ahora enfocaban a Susy, estaba pensando una respuesta con las manos empuñadas.

—Le pusieron colorete.

Carmen tenía dos pastelitos en la boca y hablaba.

—¿Qué dices?

—A Susy, ¿viste que la maquillaron? Igual, se ve horrible.

—Ya está contestando. ¿Te callas, por favor?

Carmen lanzó un resoplido. Después volvió a hablar.

—¿Ese mantel que pusiste no fue el que estrenamos una Navidad, hace...? ¿Hace cuánto? ¿Quién fue que te lo regaló? Es un mantel precioso... Cómo pasa el tiempo, ¿no?, recuerdo que ese día las dos nos quitamos el luto y nos vestimos con esos trajes rosa.

Carmen se reía mientras narraba la escena. Rina pensó que tenía una risa vulgar, demasiado aguda, escandalosa.

—El gordo es un tarado.

Dijo. Se mantenía erguida en el sillón casi sin pestañear. Cada tanto miraba los pastelitos que pasaban rápidamente de la bandeja a la boca de Carmen.

—¿Cuál fue la pregunta, Rina?

—Es un tarado, la respuesta es pretérito pluscuamperfecto. ¿Quién no sabe eso?

—¿Y la pregunta?

—Un tarado mental.

Entraron los comerciales y Rina levantó la bandeja vacía para llevarla a la cocina, cuando se puso de pie sintió que le faltaba el aire. Era la faja del vestido que le entallaba mucho el vientre. Carmen la siguió.

—Rina, ¿quién fue que te regaló el mantel de mariposas violeta?

—¿El qué?

—El mantel, que quién te lo regaló.

—No sé, no recuerdo.

Rina puso la bandeja en el lavaplatos y miró a su amiga, que estaba tomando agua en un vaso que había sido de mermelada. Tenía los labios llenos de migajas, canas en la raíz del pelo y las puntas coloradas. Necesitaba urgentemente una tintura. Y también una dieta. Carmen terminó el agua y miró a Rina con cara de que diría algo muy propio de ella.

—Esa nevera no te cabe aquí. Tú lo sabes.

—Claro que cabe.

Carmen volvió a hacer esa cara:

—No has debido ponerte el vestido hoy, lo vas a arrugar y después no lo vas a poder usar en la televisión.

«¡Fuera ignorantes la-la-la!». Rina escuchó la música del programa, corrió hasta la sala y se sentó en el sillón. Carmen gritó desde la cocina que se quedaría lavando la bandeja y ella temió que se comiera la torta que estaba en el horno. Era para celebrar. Se tronó los dedos uno a uno, después prendió un cigarrillo. Quitó el volumen y se puso a contestar las preguntas en voz baja. Y así, tranquila, estuvo un rato. Hasta que Carmen volvió.

—Estás loca.

Le dijo y se sentó a su lado y Rina vio que se limpiaba los labios con una servilleta de las bordadas. Esta vez quiso contestarle como se merecía, pero si se enfrascaba en una pelea ahora echaría a perder el resto del programa. Lo que hizo entonces fue tomar aire y contar en la mente hasta cinco: uno, dos, tres, cuatro...

—Cinco viejas gordas de nombre Carmen. Murmuró y botó el aire.

—¿Qué dices?

Preguntó Carmen.

—Que te calles, por favor.

Propagandas.

Susy se veía sofocada. Sudaba y el colorete se le había regado por la cara. Iba empatada con el gordo y sólo quedaba una fase más. Rina empuñó las manos. Carmen prendió un cigarrillo; después se levantó, se puso a canturrear y, como si se tratase de una nueva ocurrencia, volvió a preguntar por el mantel. Si Susy perdía sería por culpa de Carmen: Carmen traía mala suerte, a estas alturas Rina lo tenía clarísimo. ¡Ave negra!, le habría gritado, si no fuera más importante la pregunta que Jimmy estaba por hacer. Subió el volumen del televisor y escuchó. Cuando Susy iba a contestar la volvió a silenciar.

—¡A, ante, con, contra, de, desde, para, por, según, sin, so, sobre, tras!

Gritó. Después de gritar se sintió mejor.

Ahora Carmen estaba instaladísima delante del televisor, apagando un cigarrillo en el cenicero de pato que había en la mesita de centro: el que Rina nunca usaba porque era fino. Pero Carmen aplastaba el cigarrillo una y otra vez como si lo disfrutara. Rina la apartó de un empujón porque le estaba tapando a Susy, que balbuceaba la última respuesta. Carmen amagó un manotazo, gritó «¡Ay!» y algo más que Rina no alcanzó a escuchar porque había subido el volumen al máximo y todo lo que se oía era el timbre de los perdedores.

Carmen se quedó callada, seguro que iba decir que no importaba, pensó Rina, que al fin de cuentas era un juego, o alguna otra estupidez. Ella tenía las lágrimas a punto y ya no quería escucharla más. Pero todo lo que hizo su amiga fue volverse a mirar el comedor y señalarlo, mientras se le dibujaba esa sonrisa burlona que ensanchaba su cara hacia los lados, achatándola.

—Ahora lo recuerdo, ¡ese mantel te lo di yo!

Dijo, en un tono victorioso que, por supuesto, no correspondía a la ocasión.

—Sí, y es horripilante: como tú.

Contestó Rina. Luego la miró a los ojos y gritó furibunda:

—¡Ave negra!

Después escuchó el portazo. En la televisión el gordo daba saltitos, le caían papelitos de colores y los ancianos le hacían una ronda. Al fondo estaba Susy paralizada, con la mirada enterrada en el piso y un mechón de pelo sudado tapándole un ojo. Que sea un sueño, rogaba Rina. Y para espantar las lágrimas pensó en Jimmy, en su traje dorado y en esa sonrisa. Calma, se dijo, igual esa nevera era muy grande. Respiró profundo, contó hasta cinco y dejó salir todo el aire contenido en la panza. Entonces sintió que el vestido se le rasgaba, sin piedad, por las costuras de los lados.

Julia

Julia caminaba hacia la caja número uno del supermercado: el cartel de «máximo quince productos» la esperaba con sólo tres personas en la fila. Era su lugar de privilegio, uno de los pocos en los que podía presumir de que vivía sola. A su alrededor las señoras rodaban carritos pesados y los señores miraban ansiosos el tablero de los turnos en la sección de carnes, que era siempre la más tumultuosa. Por eso, Julia se había hecho vegetariana hacía más o menos un año.

Cuando estaba por ponerse en la fila, una gorda vestida de flores se le atravesó sin mirarla. La seguían dos niños y una anciana que caminaba muy lento. La mujer se detuvo en un rincón al lado de la caja rápida y repartió sus compras en tres canastitas.

—Federico hará la fila rápida número uno, Marianita la número dos, y yo me iré con su abuela a la caja de la tercera edad. ¿Ok?

Los niños se alejaron, cada uno con un billete en la mano y cargando sus canastitas. La madre se fue con la abuela a una fila en la que sólo había viejos comprando galletas de soya. En su canasta llevaba un pedazo de carne que chorreaba sangre, varias latas de cerveza, un ambientador en espray y seis vasos de cristalería barata. Para la abuela ni una lechuga.

Julia no podía creer que la gorda hiciera semejante cosa. La gran matrona, la que todo lo puede. ¿Desde cuándo la menopausia venía con esas licencias? Quiso seguirla y gritarle cosas, pero no se iba a rebajar: ella no era quien llevaba puesto un vestido de flores. Decidió, mejor, denunciarla con la administración del supermercado. Le preguntó al guardia de seguridad dónde estaba la oficina del administrador y el hombre le señaló una puerta al fondo, pasando la sección de verduras.

—Pero el administrador no está, señorita. Llega a las tres.

—¿Cómo a las tres? Necesito hacer una denuncia: una mujer está usando a sus dos hijos y a una pobre anciana para robarse los privilegios de las cajas de pago. Eso se llama corrupción, sépalo bien: ¡co-rrup-ción!

El guardia la miraba sorprendido, le pidió que esperara «un segundito», usando el índice y el pulgar para contener un centímetro de aire. Y llamó a alguien por la radio. Julia se dio vuelta y se encontró con ella misma en el espejo que cubría la pared de la sección de cosméticos. Se había olvidado de que estaba todavía en ropa de gimnasio y tenía su pañuelo rojo amarrado en la cabeza. Tres horas *spinning*, eso había hecho antes. ¿No se suponía que ése había sido su sacrificio del día? ¡No! Faltaban la gorda y los mocosos y la vieja. La mandíbula le tembló de pura indignación.

El guardia hablaba con alguien en voz baja, ella pensó que la siguiente escena sería la de dos hombres corpulentos mostrándole la salida a la

loca de *jogging* , así que tuvo un brote de lucidez, puso su canastita en el piso y se fue sin hacer ruido.

A la salida del supermercado se encontró con los hijos de la mujer de la caja, Federico y Marianita, que ya habían pagado y jugaban en la calle con un perro sucio. La madre aún no salía. Julia se paró frente a ellos y los miró detenidamente: le pareció que la nena tenía un defecto en un ojo y que el nene era adorable. Dejaron ir al perro y le sonrieron a Julia.

—Su madre es una persona mala.

Les dijo ella. No había nadie cerca. Los niños se quedaron perplejos por unos segundos y luego Marianita se puso a llorar.

Julia llegó a su casa y se quitó la ropa. Le gustaba andar desnuda por el departamento, aunque no tenía cortinas. A veces le parecía que su vecina de enfrente la espiaba, pero a ella no le importaba. Si fuera gorda le importaría, pero Julia era flaca y adoraba su cuerpo. Su cara también, pero sobre todo su cuerpo.

Abrió la nevera sabiendo que estaba vacía. Era una especie de tic que, según había leído, padecía mucha gente. El aire frío la relajaba: se podía quedar hasta quince minutos parada entre la puerta abierta y la nevera vacía, tragándose el humo helado con su piel desnuda.

Después llamó a Arturo. Le dijo que por favor fuera a verla, que se estaba muriendo de hambre, que no tenía nada en la nevera. Le contó el incidente del supermercado, le contó incluso la parte en la que le dijo al guardia «co-rrup-ción». Pero se guardó la escena de los niños. Él le dijo que pidiera algo a domicilio, que no podía ir a su casa ahora, que Beatriz estaba en el banco y él tenía que ocuparse de los hijos. Y que mejor hablaran a la noche.

Julia y Arturo se habían conocido hacía dos años en el cine, frente a una cartelera de películas. Ella, luchando con su miopía, trataba de leer los créditos. Tenía la nariz casi pegada al afiche, los ojos entrecerrados y repetía en voz baja: «*Written and directed by...* ». Al rato se dio cuenta de que el tipo que tenía al lado la miraba. Era Arturo, que enseguida se le acercó y le preguntó si le pasaba algo.

—No, sólo estoy tratando de leer los créditos. No entiendo por qué los ponen tan chicos.

Arturo se volvió a mirar la cartelera y señaló uno de los afiches.

—Le recomiendo ésta, es de un buen director.

Y esa noche tuvieron sexo en el departamento de ella.

—¿Te gustó la película?

Le preguntó Arturo mientras le acariciaba el pelo. Julia tenía el pelo largo, castaño, liso. Arturo se estaba quedando calvo.

—Eres casado, ¿no?

Arturo se levantó de la cama, se vistió y se fue. A la semana siguiente la volvió a llamar, le preguntó que si quería verlo, que tenía un espacio esa noche. Julia le dijo que sí.

No pidió nada a domicilio. Se sirvió un vaso de agua del grifo y puso a llenar la bañera. Después se asomó a la ventana y se encontró con la mirada atormentada de su vecina. A esa distancia no la veía muy bien, pero era imposible no fijarse en sus caderas: eran realmente enormes.

A la noche Arturo le llevo un libro de fotos de aves exóticas, que había publicado un banco. Debía ser un *souvenir*.

—¿Por qué pensaste que me gustaban las aves?

—No sé, es un lindo libro, Julia. Las fotografías son fabulosas.

—Las aves nunca me gustaron.

Lo hojeó por encima, después le dijo gracias y le dio un beso frío en la mejilla. Él se tenía que ir temprano. En los dos años que llevaban juntos nunca se había quedado.

Arturo era escuálido, sin gracia, y aunque nunca usaba anillo parecía demasiado casado. Además, hacía ese ruido extraño con la garganta cada vez que se excitaba. Era un quejido grave, el lamento de un animal enorme. Un rinoceronte, pensaba Julia.

—Me marcaste la espalda con las uñas.

Le dijo Arturo.

—¿Ah, sí? No me di cuenta.

Julia apagó la luz y le dijo que se quedara un rato más, que ella lo despertaría luego. Arturo no dijo nada pero cerró los ojos. Ella lo abrazó por la espalda. La puerta del cuarto estaba entreabierta, se colaba la luz del pasillo y una música africana que estaba puesta en el equipo de la sala; era un regalo de un antiguo novio de Julia que se había mudado a Namibia. ¿Qué habría sido de él?, se preguntaba cada vez que escuchaba el cedé. Sólo lo ponía cuando estaba Arturo.

Miró los rasguños que le había hecho en la espalda, después se miró las uñas: las tenía largas y pintadas de rojo, eran el acabado perfecto para sus manos blancas. Julia se levantó y se fue a la cocina. Prendió un cigarrillo. Abrió la nevera: estaba vacía. Tendría que ir al supermercado

al día siguiente. Pensó que quizá estaría bien que alguna vez Arturo llevara comida, cualquier cosa, como para hacerse a la idea. Una sola vez la había acompañado al supermercado: ella estaba dichosa, él muerto de los nervios. «Nadie te va a ver, no seas tonto», le decía Julia. Pero él seguía inspeccionando cada pasillo, cada rostro, cada carrito. Y hacía ese ruido. Le salía siempre que tenía una emoción fuerte.

Salió de la cocina y fue hasta la sala. Prendió la luz de la lámpara de piso; apagó el equipo de sonido, pero los tambores siguieron en su cabeza. La ropa de Arturo estaba tirada en el suelo. No quería que se fuera, quería que la acompañara al día siguiente al supermercado. Que la acompañara, eso era todo lo que pedía: ni siquiera que llevara un mísero pan.

Apagó el cigarrillo y se echó en un sillón a ver el libro de las aves.

—Es horrible.

Y volvió a mirar la ropa.

Julia oyó un ruido en el cuarto. Arturo se había levantado. Seguro que estaría nervioso, que había tenido un mal sueño, algo con los hijos: que la niñita se ahogaba en la bañera, que al chico le picaba una abeja en el párpado y se quedaba ciego; o que la mujer lo acuchillaba dormido y el gato se comía sus testículos. Él siempre soñaba cosas raras. Después oyó la puerta, los pasos rápidos en el pasillo, la respiración pesada, la garganta.

—¿Qué hora es?

Le preguntó Arturo con brusquedad. Ella no contestó.

—Tengo que irme, sabes que no puedo quedarme tanto tiempo. ¿Por qué me dejaste dormir?

Julia seguía callada, leyendo.

—Me duele la cabeza, todavía estoy oyendo esos tambores. No sé por qué te empeñas en poner esa música asquerosa. Debe de ser por eso que tengo pesadillas...

Julia se hacía la distraída en el sillón: pasaba las hojas del libro de aves y lo miraba de reojo. Arturo estaba desnudo, la luz de la lámpara lo iluminaba por pedazos.

—¿Y a ti qué te pasa?

Le preguntó él. Julia bajó el libro y lo miró de frente: tenía la mitad de la cara iluminada, como una máscara de carnaval.

—¿Qué me pasa de qué?

—Estás callada, como si te molestara algo. Ahora no tengo tiempo para escenas, Julia.

Arturo miraba a su alrededor, exaltado. Y seguía hablando.

—... Beatriz me va a matar, esto me pasa por confiar en ti, si ya sé que no puedes entender esto, que no sabes manejarte.

Ella volvió al libro. Estaba en la página de las guacamayas de Surinam: «La guacamaya roja o Ara Macao, vive en bosques de lluvia no perturbados...».

Arturo iba de un lado a otro, disminuido, indefenso.

—Julia, creo que tenemos que hablar, pero ya será otro día. No puedes seguir así, escúchame bien: ¡no puedes seguir así!

Hasta que se paró frente a ella, se puso las manos en la cintura y amagó con decir algo más, pero sólo bajó la cabeza y respiró profundo. El miembro le colgaba flácido, ínfimo.

—¿Sabes dónde está mi ropa?

Preguntó. Julia se tocó la lengua con la yema del dedo corazón, pasó lentamente la página de las guacamayas y, después de un grandísimo bostezo, dijo:

—En la lavadora, amor.

Miriam

Miriam, sentada al lado del teléfono, miraba ansiosa el reloj de pared que tenía enfrente. En un minuto serían las ocho. Hacía algunos meses había descubierto que antes de llegar al doce el segundero corcoveaba: hacía como que sí, ya casi, todavía no, hasta que al fin se completaba otro minuto. Descubrió eso cuando su marido murió. Descubrió también que los relojes de los hospitales eran los que más corcoveaban. Había tratado de explicarle eso a algunas amigas cercanas, pero le dijeron que era absurdo y desistió. Después se lo quiso explicar a su hija Diana, a esos ojos profundos tan inteligentes, que aunque no la interrumpían hacían algo peor: la juzgaban en silencio. Y eso sí que la intimidaba. Por eso, cuando se trataba de su hija, Miriam prefería perderse el crédito de sus descubrimientos y citaba algún libro inventado o un documental de algún canal europeo. Diana le tenía confianza a los canales europeos.

Ocho en punto. Diana debía de estar llegando del trabajo: tenía horarios muy pesados, solía decirle Miriam, y que tomara suplementos de Omega 3. Alzó el auricular, marcó el número lentamente para darle tiempo de que abriera la puerta, entrara y esas cosas. También porque, a veces, cuando se aceleraba, le contestaban de otro lugar. Era culpa de ese teléfono viejo: uno de esos verdes con marcador de disco que ya tenía sus mañas. Timbró cinco veces y nadie contestó. Miriam se puso de pie, volvió a marcar y empezó a impacientarse. Estaba prendiendo un cigarrillo con un fósforo y sostenía el auricular entre la oreja y el hombro. Aspiró hasta el fondo y luego sopló fuerte, tanto que se prendió una parte del papel formando una llamita.

—¡Carajo!

Gritó. Se le cayó el cigarrillo de los labios.

—¿Qué?

Le contestó su hija al otro lado del teléfono. Miriam levantó el cigarrillo del piso y lo apagó.

—Nada, perdón, es que casi me quemo la cara.

—¿Cómo?

—Sí, hijita, la cara. Imagínate a tu madre desfigurada por culpa de un cigarrillo. ¡Dios Santo!

Aulló. Miriam estaba nerviosa. ¿Por qué justo tenía que contestarle en el segundo que ella había perdido la compostura que se reservaba para esa llamada? Ella sabía que Diana no soportaba las groserías: podía verla ahora mismo con el ceño arrugado, negando repetidamente con la cabeza.

—¿De qué hablas mamá? ¿Qué te pasa?

—¿Qué me pasa de qué, nena? Eso que te digo. ¿Tú cómo estás?

Miriam agarró el aparato de teléfono y se lo llevó desde la mesa del pasillo hasta el sillón frente al televisor. Le había mandado a poner un cable largo porque le gustaba hablar paseándose por el departamento. Se metía con el teléfono en la cocina, en el baño o se sentaba en el puf de al lado de la ventana. Vivía en una planta baja que daba a la calle y hablaba por teléfono mirando hacia afuera, porque así podía hacer comentarios sobre lo que estaba pasando: «Estoy viendo a una chica muy caderona con un trajecito ajustado», le había contado esa tarde, escandalizada, a una de sus amigas del salón de costura. Su amiga le contestó que hoy día las chicas no sabían vestirse.

Pero ahora no estaba de humor para esas cosas. Así que se sentó en el sillón y prendió el televisor. Diana le estaba diciendo lo de siempre: que estaba cansada, que había tenido un día difícil, que se iba a dormir, que adiós.

—¿Cómo adiós? Pero no, nena, espera un minutito. ¿No te estás viendo *Muchacha Soltera* ?

—¿Qué? ¿Pero te volviste loca, mamá? Te digo que recién llego a la Casa, todavía ni me saco la cartera. ¿No me estás escuchando?

—Sí, sí, pero es que está pasando algo increíble. Prende la televisión, dale.

—No, no me gustan las telenovelas y quiero descansar, así que...

—Ay, Dianita, mi amor, complace a tu madre sólo en esto, por favor. Es sólo un segundo, te lo juro por el alma de tu padre.

En la pantalla, una chica rubia se miraba al espejo sin reconocerse; detrás de ella un médico joven de piel blanca y labios rosa le mostraba una lata vacía. La chica lloraba y se agarraba la cabeza. Miriam esperaba a que su hija buscara el control remoto, caminara hasta el televisor y lo prendiera. Claro que también podía hacer todo eso mientras le hablaba porque Dianita tenía un teléfono inalámbrico. Escuchó las voces de los actores en la televisión de su hija y después, como un eco, en su propio televisor. Siempre se preguntaba cómo era posible eso: que no sonaran al mismo tiempo. Diana le había explicado que era una cuestión física, que esto y lo otro. Pero ella seguía sin entender: si estaban viendo lo mismo, por el mismo canal, a la misma hora: ¿por qué su médico hablaba primero que el de ella?

—¿Dianita, estás ahí?

—Sí, sí, dime qué es lo que quieres que vea y colguemos.

—Nena, ¿es posible que alguien pierda la memoria por comerse un producto vencido?

Miriam escuchó que su hija respiraba hondo. Hacía eso cuando estaba furiosa y se quería contener. ¿Pero por qué iba a ponerse furiosa por una pregunta tan simple?

—Nena, ¿pero por qué te molestas? Yo pensé que tú podías saber, porque como siempre dices que es mejor comer los alimentos frescos y Muchacha Soltera perdió la memoria por comerse un enlatado, pues yo pensé que...

—¡Ay, mamá, no sé, no sé!, y la verdad no me interesa discutir semejante tontería. Y ahora, por favor, querría llegar a mi casa, ¿puede ser? Bueno, adiós.

—Dianita, no hay necesidad de que me trates mal, yo sólo quería que habláramos porque tengo algo que decirte y...

A Miriam se le quebró la voz. Diana le dijo que no se pusiera así y que no la chantajeara, pero después dijo que perdón y que la llamara en quince minutos.

La ventana de la calle permanecía abierta. Era por el calor, pero también porque así Miriam se sentía acompañada. Veía quiénes pasaban y le gustaba imaginarles la vida. Claro que quien la viese desde afuera diría que ella estaba muy concentrada en la televisión, pero en realidad últimamente le aburrían hasta las telenovelas. Es que si una no tiene con quién comentarlas, pensaba, y extrañaba esos tiempos en que tenía verdaderos debates con su marido sobre los programas que miraban juntos. Que éste no sabe actuar, que le quedaría mejor otro peinado, que ésta cuándo recuperó la vista... «No, amor, era ciega en la otra novela, la de las diez», le explicaba Miriam. Su esposo se quejaba de que en los canales de televisión contrataban a los mismos actores para hacer todas las novelas: «... y uno se confunde», decía. Y tenía razón, pero desde que él se había muerto ya Miriam no tenía con quién hablar esas cosas. Con Diana no era lo mismo porque su hija se impacientaba fácilmente.

Miriam miró el reloj, todavía no pasaban ni cinco minutos. Después miró a la calle y vio a un chico que caminaba con un perro.

—¡Perro!

Gritó, y el chico volteó hacia la ventana. Pero ella se hizo la tonta, como si estuviera mirando la televisión, como si nunca hubiera gritado perro. Cuando su marido vivía hacían esas cosas: gritaban palabras que les parecieran acorde con las personas que pasaban por la ventana. Un nombre serio para un señor serio: «¡Rigoberto!», por ejemplo. Entonces el que estaba pasando miraba hacia adentro y ellos ni se inmutaban.

Antes hacer eso era divertido, pero ya no. Ahora la vida se le iba en ese salón de costura horrible y aburrido, y en tomarse las pastillas para la presión. A veces le daban ganas de vaciarse todos los frascos en la garganta, abrir el grifo de la bañera, sumergirse y cerrar los ojos para no despertarse más.

Recorrió los canales: el comercial del jabón de coco, dibujitos, televentas, Jimmy sólo Jimmy, dibujitos. *La Palabra Diaria, Muchacha Soltera*. Apagó el televisor. Se enrolló el cable del teléfono en un dedo y pensó que era duro, resistente. Se preguntó si era con eso que se ahorcaban en las películas. Después recordó que sí, que una vez en una película que estaba mirando con Diana un chico se ahorcó con un cable de teléfono. Diana dijo que le parecía una muerte vulgar. «¿Cómo sería una muerte no vulgar?», le había preguntado Miriam. Diana se quedó callada y un rato después, cuando Miriam ya se había olvidado del tema, la miró y le dijo: «Como la de papá: discreta y en silencio». Y Miriam lloró toda la noche, pero Diana no lo supo. Volvió a prender el televisor. Comerciales.

Diez minutos. ¿Será que ya podría llamarla? ¿Notaría la diferencia? Marcó el número y estaba ocupado. Qué raro, pensó. ¿Lo habría dejado mal colgado? Volvió a marcar: ocupado. Marcó de nuevo y nada. Entonces Miriam pensó que quizá su hija ya no le quería hablar y se contuvo para no echarse a llorar. Marcó muchas veces de seguido y cuando sonó desocupado se sintió tan tonta de haber llegado a imaginar siquiera que...

—¿De qué familia?

Le preguntó al chico que contestó.

—¡Qué le importa, vieja loca!

La gente era maleducada. Siguió marcando. Y ahora ya estaba timbrando otra vez. Ojalá, rogaba Miriam, y agarraba con fuerza el cable del teléfono.

—Hola, mamá.

Contestó Diana.

—¡Ay, nena! ¿Cómo supiste que era yo?

Diana respiró así como ella respiraba y después dijo:

—Adiviné.

—Ah. ¿Y con quién hablabas?

—Con nadie. Dime lo que me tienes que decir. ¿Qué es lo que te pasa?

—No sé, nena, me pasan cosas.

Diana volvió a respirar.

—¿Qué cosas, madre?

—Pues que, por ejemplo, hoy me tomé dos veces las mismas pastillas. Y que, a veces, no sé, me siento muy sola y me entra así como un miedito en la panza.

—¿Miedito de qué, mamá? Si estás en el barrio más seguro de la ciudad.

—Sí, ya sé. Pero entonces no es miedo, es como que me aburro y eso a veces se confunde con el miedo.

—Ay, mamá, no digas tonterías, cómo te vas a aburrir si tienes a tus amigas del salón de costura y tienes ese cable que te gusta tanto.

Miriam miró el cable del teléfono que seguía enrollado en su dedo. Se dio cuenta de que le apretaba mucho, tenía la sangre estrangulada en la uña.

—¿Cuál cable?

—¿Cuál va a ser? El de la televisión, el de las novelas.

—Ah, sí, pero es que no es lo mismo verlas sola, nena. Es que si tú no estás...

—Pero, mamá, ¿no hablamos todos los días por teléfono? Sabes que no puedo ocuparme de ti todo el tiempo. Ahora no me vengas con que yo soy la culpable.

—No, no, Dianita, no digo eso. Sólo que, no sé, a veces pienso que uno no tendría que vivir tanto.

—Ay, mami, es normal que pienses eso porque recién tuviste una pérdida. ¿Otra vez soñaste con papá?

Ahora la que respiró fue Miriam. Esta parte no la soportaba: cuando su hija la trataba como una vieja estúpida. ¡Muchachita insolente, yo te parí!, le daban ganas de gritarle. ¿Cómo se atrevía a llamar a su propio padre «una pérdida»? Miriam recordó que cuando Diana tenía siete años le decía que quería ser igual a ella: se sentaba a su lado en el banquito frente al espejo y la imitaba en todo. Las argollas, el pintalabios, el jopo y hasta las instrucciones que le daba a la empleada: «Matilde, compra tres pechugas para hacerlas al horno y recuerda que la de Dianita no lleva ajo». Su hija repetía: «Para Dianita sin ajo», y seguía pintorreteándose. Pero le duró tan poco. A los diez ya se había hecho especialista en criticarla: «Me parece que el jopo pasó de moda»,

«En esta casa deberíamos comer más verduras», «¿Por qué no usas un labial más discreto, mami?». Pero por esas cosas de que la niña es precoz y no hay que inhibirla, Miriam nunca le alzó un dedo para decirle: ¡a la mamá no se le habla así, carajo!, o alguna otra cosa.

—Mamá, ¿me estás escuchando? Que si soñaste con papá, te pregunté. ¿Estás bien?

—Sí, te estoy escuchando. Y no, no estoy bien, Diana. No sólo porque no soñé con tu papá, que sería algo lindo, sino porque ya no sueño con nada. Porque tu madre sufre de insomnio, por si no lo recuerdas.

Otra vez se le quebró la voz y Diana se quedó callada. Claro, ella era tan madura que no iba a seguirle la cantaleta a su pobre madre vieja y estúpida. Su madre que igual se iba a morir pronto, no de vieja ni de estúpida sino de cansada. De no tener más que, una ventana para mirar el mundo siempre en el mismo plano. Por eso a Miriam le gustaba más la televisión, porque por lo menos podía cambiar el canal.

—Yo creo que tienes que tranquilizarte, mamá.

Diana empezó a enumerarle todas las virtudes que tenía su vida; que el salón de costura, que el tiempo libre, y que por qué no se iba un día al campo con las amigas, que ella le regalaba el paseo. Y la lista seguía.

Miriam quiso tomar aire, se había sofocado sin darse cuenta. Mientras escuchaba a Diana se puso de pie y caminó hasta la ventana cargando la base del teléfono con una mano y sosteniendo el auricular con la otra. La calle estaba desolada, a lo lejos se escuchaba una sirena. Pensó que no estaría mal morir esa noche, pensó que se lo diría a Diana, así mismo: quiero morir esta noche, Dianita. O que le diría, mejor, que no quería ir al campo y que ella no tenía amigas y que le aburría mucho coser. Después pensó que no le diría nada, que no quería interrumpirla, sólo quería escuchar su voz.

Una mujer muy pálida pasó cerca de la ventana hablando por su celular:

—Habichuelas para la cena.

Dijo.

—¡Zanahoria!

Gritó Miriam. La mujer la miró asustada y aceleró el paso.

—¿Zanahoria qué, mamá? ¿Ahora de qué hablas?

Diana se oía enojada. Miriam no quería que se enojara y le dijo no, no, nena, es que esa pobre mujer estaba tan pálida y yo... Pero Diana no entendía y le preguntaba que qué mujer, que si se había vuelto loca. Y

Miriam le dijo que no mi amor, no Dianita, es que yo lo vi en un documental europeo.

—¡Que viste qué!

Le gritó su hija, desesperada.

—Eso, nena, que la zanahoria mejora el color.

Esta vez no hizo ningún esfuerzo por contener las lágrimas. Diana respiró:

—Adiós, mamá.

Colgó. Y Miriam se odió: se odió profundamente por haber dicho «zanahoria».

Sofía

Sofía se despertó de golpe. Otra vez Rodrigo en ese sueño. Por qué no terminaba de llegar de una buena vez y dejaba de aparecerse así, en los sueños, como si fuera un maldito fantasma. Se levantó de la cama y fue directo al clóset. En el sueño pasaba lo mismo, y cuando abría la puerta se encontraba con Rodrigo que se le echaba encima, la abrazaba muy fuerte y ella sentía que se asfixiaba.

Sofía contaba todos los días cuánto tiempo faltaba para que Rodrigo regresara de África. No era que tuviera una fecha, pero cada día que pasaba era uno menos y eso era como contar al revés. Odiaba África. Nunca había ido, pero la sola idea de que Rodrigo estuviera allá y no acá, con ella, era motivo suficiente para desear que ese lugar desapareciera del mundo. «Ojalá se los trague un *tsunami* », le había dicho una vez a Rodrigo y él se molestó: que no podía ser tan egoísta, le dijo. ¿Y él sí?, pensó Sofía, ¿él sí podía? Pero sólo lo pensó y se quedó callada.

Abrió la puerta del clóset y corrió las perchas hacia un lado. Ese día quería mandar toda la ropa a la lavandería porque el otoño hacía que oliera mal, y últimamente todos los días eran otoño. Por eso Sofía pensaba que Rodrigo estaba por llegar, porque Rodrigo siempre estuvo en otoño. Estuvo desde la primera vez, cuando se conocieron, y después nunca había faltado.

Lo primero que sacó del clóset fue el suéter de rombos de Rodrigo. El de lana de oveja Dorper, de Namibia. Sofía se cubrió la cara con él y aspiró hasta el fondo.

—Es esto —dijo—, éste es el olor que no soporto.

Y tiró el suéter sobre la cama. Después se sacó la pijama, se puso un pantalón de algodón y un brasier roto que había en el piso. Fue a la cocina por su jugo de naranja y en la puerta de la nevera encontró un memo que decía: «Mary a las diez». Se sirvió el jugo, apoyó la cadera en el mesón de la cocina, sacó un palito chino de la caja de los cubiertos y se hizo un moño en el pelo.

Por la ventana se veía un pedazo de cielo soleado y un tejado maltrecho. Hacía un par de días, le pareció, había visto un nido de pichones; ya no había nada. Alzó la mano adolorida para mirársela en la luz: tenía las uñas al pegue, las cutículas rotas. Después se miró la palma, estaba destrozada. Dejó el vaso de jugo en el mesón y volvió al cuarto, se puso el suéter y salió a caminar.

Era uno de esos días engañosos: allí estaba el sol, pero Sofía tenía frío. Se tapaba la boca con las manos y exhalaba su aliento caliente; luego se frotaba los brazos, pero seguía helada. Entró al bar del barrio, que recién estaba abriendo, y sólo había un viejo pagando un desayuno completo. Sofía le pidió un té con leche a la mujer de la caja, que se abanicaba con una revista. La mujer se la quedó mirando y le dijo,

después de ahogar una risita, que esa mañana tenía un bonito peinado. Ella fue a sentarse en una mesa al lado de la ventana, por si pasaba Rodrigo.

A estas alturas ya ni siquiera esperaba que le avisara desde el aeropuerto. La última vez se lo había dicho: que no perdiera tiempo llamándola, que se fuera directo a la casa, que ella estaría allí para recibirlo. Quería que cuando llegara todo se diera naturalmente, como si en vez de irse a África se hubiera ido a la tienda a comprar algodón. Algodón para ponerle mertiolate en las heridas de la mano. A veces se hartaba de esperarlo. Se le borraban pedazos de la cara de Rodrigo y pensaba que quizá lo estaba olvidando de a poco. Alguna vez lo recordó con bigotes, pero Rodrigo nunca había tenido bigotes. Seguro que lo estaba confundiendo con otros porque, no era por justificarse, pero, se decía, a una chica sola le pasan cosas. Se le aparecen hombres. ¿Estaría bien contarle eso? Ella no se arrepentía de nada, aunque tampoco era que sintiera ganas incontenibles de confesar. Si lo hacía, la discusión la tenía resuelta con un solo argumento, el único posible: que era culpa de él, porque un esposo no deja a su esposa sola por tanto tiempo, ni siquiera por ir a curar enfermos a África. Eso le diría.

Seguro que él le iba a contestar que ella sabía desde el principio cuál era su trabajo, que un científico tenía que viajar, que lo que para ella era una tortura para él era su vocación. Que si acaso prefería que buscara puesto en un banco y esperaran el verano para irse a la playa. Y después le preguntaría, mirándola con los ojos muy abiertos, si era que también se había acostado con un «cajerito» o, peor, con algún «contadorcito», y que si además de «putita» se había convertido en una suerte de premio al empleado del mes. Seguro que la atacaría a punta de diminutivos: era su manera de mostrar el desprecio. Y después diría algo como que el trabajo moderno es la esclavitud camuflada y se haría el socialista para humillarla, porque Sofía era de las esclavas que cumplía ocho horas en una agencia de inversiones.

Y ella tampoco le iba a discutir, porque a Rodrigo era difícil no darle la razón. Rodrigo era especial, Rodrigo era brillante. Rodrigo era distinto a todos los hombres del mundo: ella lo sabía. Se lo había dicho a ese chico que conoció en el Flowers, cuando la invitó al baño. El chico le dijo: «Vamos al baño». Así, tal cual. Se lo dijo despacio, le puso los labios entre el cuello y el oído y ella tembló. Y tembló más cuando el chico cerró la puerta y la subió al lavamanos y le metió la mano por debajo de la falda. Ahí fue cuando ella le dijo que era casada y que su esposo era especial, pero no especial de raro sino de genio: «De esa gente distinta», dijo. El chico le dijo que tenía la pintura de los ojos regada y que se veía *sexy*. Cómo la excitaba ese recuerdo.

Sofía se pegó la manga del suéter a la nariz y aspiró. A veces pensaba que no había nada más parecido al olor de su esposo. Cuando trajo el suéter, Rodrigo tenía tres meses de haberse ido a Namibia. Le dijo que mejor lo guardara ella para sus noches de frío y le explicó que ésa era

una lana muy valiosa: un cruce de oveja persa con inglesa. Sofía sólo pensó que olía mal.

La semana anterior había estado en el Flowers con ese suéter, y el negro de la barra le había dicho que era lindo. Ella le explicó todo el asunto de las ovejas y le dijo que era de su marido, que si quería tocar, que era muy suave. El negro la tocó, le dijo que sí, que muy suave. Y siguió acariciando el suéter durante un rato. Ahí fue cuando llegó Mary y la jaló por el brazo: «¡Basta, Sofía!», le gritó. Y Sofía le dijo que ella sólo le estaba contando a su amigo de la oveja Dorper de Namibia, y que a él le gustaba su suéter porque era suave. Entonces sintió otra vez ganas de olerlo y se pegó la manga a la nariz. Mary se puso roja y la jaló más fuerte. «¡Que nos vamos!», decía. Hasta que Sofía se hartó, se quitó el suéter y lo tiró al piso: y no le importó que la otra gente la mirara raro. ¿Acaso era obligación usar brasier?

Abrió los ojos. ¿Se había quedado dormida? Quizá sólo había pestañeado. Por la ventana del bar se veía un parque. Una chica de *shorts* estaba sentada en un banco con los ojos cerrados: los apretaba fuerte y se mordía los labios con saña, como si quisiera sacarse sangre. Sofía apartó la mirada para volver a concentrarse en Rodrigo. Llegó el mesero con el té. Era un chico nuevo: rubio, no más de veinte, con ese *look* anémico y ese lápiz verde en la oreja que hacía juego con sus ojos. La miró y ella lo esquivó. Él le preguntó si le pasaba algo.

—¿Por qué?

Dijo ella.

—Porque está llorando.

Sofía se tocó los ojos y se sorprendió de la cantidad de lágrimas que había dejado salir sin darse cuenta. Le dio vergüenza, le sonrió al chico. Vergüenza barata, pensó: si Rodrigo le decía «putita» tendría razón.

—No importa, señora. En usted las lágrimas son perlas.

Ojos verdes y complejo de poeta: otra de sus perdiciones. Ya sabía cómo terminaría todo: yo soy casada y mi esposo es especial, mientras el chico le besaba los pechos con esa paciencia que tienen los jóvenes románticos. Esos que hablan durante el sexo. Que dicen cosas como «cintura de avispa» y «piernas infinitas», y jadean como perros cuando acaban, hasta que alguien bondadoso les dice que cabalgar sobre lugares comunes no los hace mejores amantes sino justo lo contrario. Pero Sofía tenía pocas ganas de ser bondadosa. Apoyó la cabeza en la mesa y bostezó. Cerró los ojos.

La taza de té estaba fría y tenía una capa de nata amarillenta que ocupaba toda la superficie. Era delgada, dejaba ver las hebras del té decantadas en el fondo. Sofía metió el dedo índice, rompió la nata y revolvió. Luego se limpió en el suéter. En la mesa de al lado, una mosca

volaba sobre un platito con restos de mermelada. Alguna vez Rodrigo le explicó que las moscas se alimentaban de materia fecal, flujo de heridas y llagas, saliva y alimentos podridos. Le dijo también que eran sospechosas de transmitir por lo menos sesenta y cinco enfermedades, y le recitó la lista completa: fiebre tifoidea, cólera, disentería, poliomielitis, ántrax, lepra, tuberculosis... Y que vomitaban y excretaban al mismo tiempo y luego se posaban sobre sus propios jugos. Todo eso le dijo, ya no recordaba por qué.

El mesero estaba ahora en la barra y se hacía el distraído. Seguro que la quería mirar pero le daba vergüenza. Era la historia de siempre: su eterno *déjà vu*. Ahora mismo podía perfectamente invitarlo al baño, a ver si después le salía otro verso. Pero para qué, para que al final Rodrigo ni se enterara porque la pura verdad era que ella no era capaz de confesarle esas cosas. Sabía que eso lo mataría: Rodrigo tenía respuestas para todo menos para el engaño. Ni ella misma las tenía.

—¿Desea ordenar algo más?

El mesero estaba a un costado de la mesa. ¿Cómo había llegado hasta allí? Sofía movió la cabeza de un lado al otro, sin mirar a ese muchachito que parecía un ángel.

—Disculpe, ¿hay algo que pueda hacer para que usted no esté triste?

Entonces vio que se lo decía sinceramente y la enterneció tanto que decidió encararlo, al fin y al cabo el chico se lo había ganado. Pero lo que encontró en sus ojos verdes fue un pozo de lástima. Se levantó rápido de la mesa y se fue al baño.

Cuando se miró al espejo recordó que no se había visto hacía tiempo. Su peinado era espantoso. Tenía los ojos irritados, la cara hinchada, los labios pálidos y rotos. Sudaba. Se lavó la cara, se soltó el pelo y le quedó embombado, rígido. Se guardó el palito chino en el bolsillo del pantalón y salió del baño. Encontró en la mesa otra taza de té humeante y una nota que decía: «Invita la casa». Tomó la taza entre sus manos.

Por la ventana vio que la chica del parque estaba ahora con un chico de gorra que le pasaba la mano por el muslo, en dirección ascendente. Sofía se acercó para mirar mejor la escena y el rostro pálido de una mujer ocupó, de pronto, el primer plano en la ventana. «Mary a las diez», recordó. Mary le tocaba el vidrio, le mostraba el reloj en su muñeca y parecía enojada. Entró al bar, caminó directamente hacía su mesa y se sentó frente a ella.

—¡Por Dios, Sofía, llevo una hora esperándote! Me imaginé que te había pasado algo malo. Si no me llama esta gente ni me entero de que estás acá...

Después miró a la barra y saludó:

—Buenos días.

—Buenos días, señora Mary.

Respondió la mujer de la caja, todavía abanicándose. Sofía puso la taza de té en la mesa, volvió a sacar el palito chino de su bolsillo. Trató de hacerse el moño, pero no lo conseguía. Tuvo ganas de soplar la nariz y de escupir. Se sintió pegajosa, empapada en sudor y en agua salada: como una mosca sentada sobre sus propios jugos. Mary le seguía hablando.

—¿Y otra vez tienes puesto ese suéter? ¿Con este calor? Pero, Sofi, ¡por favor! ¿No entiendes que sentarte en esta mesa a velar la calle no va a hacer que aparezca Rodrigo?

Sofía tenía la cabeza gacha, repasaba las líneas de su mano con el palito y presionaba más fuerte en el centro. Le dolió y se llevó la mano a la boca: se chupó la sangre. Después se miró la palma: allí estaban las heriditas que Rodrigo le curaría. Volvió a pincharse. Mary le agarró la mano y ella intentó zafarse pero no tenía fuerza.

—Basta Sofía, no te hagas más daño, por favor. Ya pasó casi un año, tienes que empezar a reponerte, volver al trabajo, hacer tu vida...

Mary miró a la barra. Ella también miró. El chico rubio se iba a acercar, pero la mujer de la caja lo detuvo. Sofía dejó caer el palito chino; y su mano y su cara y su cuerpo, pesado, sobre la mesa.

—Quiero hacer el amor con mi esposo, Mary, es todo lo que quiero. Dime por favor que ya llegó. ¿Está en la casa? Dime, por favor.

Mary abrió su cartera, sacó un pañuelo, le quitó el pelo de la frente y le limpió la cara sosteniéndola por el mentón.

—Shhh, no hables más, estás agitada.

Sofía miró la ventana. Afuera los árboles estaban verdes y el sol brillaba exagerado. La chica del *short* y el chico de la gorra se comían a besos en el banco del parque.

—¿Ya es otoño, Mary?

Le preguntó muy despacio. Y Mary, después de un suspiro largo, le dijo que no.

Susy

Susy escuchó el despertador de la radio, el hombre ruidoso de todas las mañanas cantaba su estribillo: «¡Un maravilloso día se asoma en tu ventana! ¡Hola día, hola ventana, hola pajaritoooo!».

Se levantó sobresaltada, pero no por los gritos del hombre, a los que ya estaba acostumbrada, sino porque otra vez había soñado con su padre. Susy tenía los ojos húmedos y la garganta seca, y lo extrañaba como nunca. Desde aquella última vez que lo vio, no hacía más que extrañarlo. Se paró de la cama, puso a llenar la bañera y después se sentó en el inodoro a repasar las conjunciones.

La noche anterior había hablado con el médico del geriátrico. Le rogó que por favor dejara ir a su padre y a sus compañeros a verla en vivo a la final del programa concurso. El médico se había puesto difícil en el último momento porque insistía en que su padre se estresaba demasiado cuando la veía, que si acaso ya no se acordaba de la última vez, y que ella sabía muy bien que no convenía someterlo al pasado:

—Y a usted tampoco le conviene, señorita. Perdone que se lo diga, pero me parece que eso del programa concurso es un gran retroceso para su salud psíquica.

Susy se tragó un sollozo. Le explicó que ella había esperado ese día desde la primera vez que ganó en el programa, varios meses atrás. El productor le había dicho que si llegaba a la final podía escoger a su público, y ella enseguida le dijo que quería que llevaran a su padre y a sus compañeros del geriátrico. Porque Susy sabía que lo que más le gustaba a su papá era presumirla. Le dijo al médico que le había costado mucho convencer a la producción, le habían puesto muchas trabas: que eran ancianos y habría que traer enfermeros, que las luces y el humo del set podían ponerlos nerviosos, que si alguno se meaba ellos qué hacían.

—Pero yo les dije que eso no era problema porque todos los pacientes usaban pañales, ¿no, doctor?

—Por supuesto.

Le contestó en tono seco. Y ella dijo que por eso mismo, y que al final insistió tanto que el productor aceptó. Entonces el médico, tras un resoplido, le dijo que lo pensaría.

Susy salió de la bañera, se vistió con una falda de paño gris y una blusa blanca de mangas plisadas. Después se hizo un moño en el pelo y se sentó en el sofá de la sala con su libro de gramática. El auto del programa pasaría por ella recién a las seis, así que tendría todo el día para prepararse mejor.

Mientras repetía la lección de los verbos, auxiliares, levantó la cara y vio su reflejo en la pantalla apagada del televisor. Su moño recién hecho ya tenía hebras hirsutas sobre las orejas. Trató de acomodarse los pelos

parados: los aplastó con saña una y otra vez, y cuando ya parecía que se quedaban en su lugar volvían a erizarse. Suspiró resignada. Desde chica siempre tuvo un pelo difícil y lo mejor que su padre podía hacer con él eran moños. Cada vez que la peinaba o la vestía o le amarraba las zapatillas, su padre solía repetirle que las personas podían tener sólo dos cualidades en la vida: ser lindas o ser listas. Y le decía que, como ella no había sido afortunada con la belleza, su única opción era cultivar la inteligencia. Susy le replicaba: «Pero la belleza también se cultiva, papá». Ahora, pensándolo en retrospectiva, a Susy le parecía que ésa era una observación muy lista para una niña de ocho años. Pero su padre se reía y le decía no mi amor, lo que hay que cultivar es tu cabecita. Y le daba toquecitos en el moño, que otra vez se desacomodaba.

Susy cerró el libro, después cerró los ojos y se agarró las manos, nerviosa:

—Por favor, por favor, que papá vaya esta noche.

Se levantó del sillón y se asomó a la ventana. Una pareja se besaba en un banco del parque de enfrente.

—Ósculo: beso; diáfano: claro; gélido: frío...

Murmuraba Susy. Y la mente se le puso en blanco: se quedó congelada mirando el parque. Eso de paralizarse le pasaba antes, cuando era chica y se aproximaba la final de un programa concurso. Hoy Susy se sentía como si fuera la primera vez que iba a Una final, y no tenía por qué ser así: ella tenía una larguísima trayectoria en finales de programas concurso. Ella había sido Niña Genio ocho veces seguidas; después no fue más porque los del programa la obligaron a retirarse para darle chance a otros niños.

Pero en el fondo, Susy sabía que esta vez sus nervios eran distintos. Eran nervios de emoción: si su padre iba esta noche, el programa sería como los de antes. Se lo imaginaba en el auditorio buscando la cámara para alzar su dedo gordo, y a todos sus compañeros palmeándole la espalda. Ojalá esta noche volviera a hacer esas cosas, pensaba Susy, porque últimamente su padre siempre estaba molesto, irascible. El mal humor le había empezado hacía más o menos un año, el día que lo visitó en el geriátrico. Él estaba dichoso de vivir en ese lugar, en el recorrido por el jardín se le acercó al oído y se lo dijo: que ésa sí era una casa linda y sofisticada, no como ese cuchitril en el que ella vivía. Y a Susy le pareció muy lógico, porque su casa no era nada del otro mundo. Pero cuando llegaron al salón donde los ancianos jugaban a los naipes, su padre tenía cara de molesto y ella no entendía por qué.

—¿Qué te pasa, papá?

Le preguntó. Su padre no dijo nada, sino que la tomó muy fuerte del brazo y la llevó hasta el centro del salón.

—Atención, compañeros, ésta es mi hija Susy: la Niña Genio.

Dijo, y todos se burlaron de él. Susy le dijo «Papá, no, por favor», pero él se aferró a su brazo más fuerte e insistió en que sí, que era ella:

—¡Ocho veces Niña Genio!

Y que habría sido más si esos envidiosos de la televisión no le hubieran truncado su carrera. Y que ahora ya no había verdaderos Niños Genios, que ahora todos los niños eran tarados: se la pasaban viendo porquerías en las computadoras y por eso cuando crecían eran unos perfectos fracasados.

—¡Drogadictos y putas!

Y que después terminaban siendo unos ancianos hediondos como todos los que estaban allí:

—¡Porque ustedes huelen a mierda!

El salón entero se quedó mudo. Los enfermeros trataban de calmarlo, lo agarraban por los hombros y le decían que soltara a la señorita que le estaba haciendo daño. Susy le decía «Suéltame, papá, por favor, papá». Entonces él la soltó y dio unos pasos hacia atrás, mirándola aterrado. Ella, llorosa, trató de acercársele, pero él se abrazó a uno de los enfermeros y se largó con unos alaridos espeluznantes:

—¡Que me alejen de ese demonio!

Después de ese día sólo pudo hablarle una vez por teléfono, fue cuando se inscribió en el programa concurso y quiso avisarle para que la viera por televisión. Le juró que iba a ganar y que otra vez sería la Niña Genio, aunque no exactamente porque éste era un programa para adultos. Su padre le dijo que bueno, y que no se olvidara del gorrito marinero. Y colgó.

La primera vez que su padre la llevó a un programa concurso la vistió con un conjunto marinero y le tapó el moño con un gorrito. Esa vez, cuando Susy se vio en el espejo pensó que parecía un niño. Pero su padre le dijo que no, que hasta se veía «casi bonita»; a ella le gustó que le dijera eso. Su rival sería una nena de pelo suelto, rubia, con cara de ángel, que hacía comerciales y todos decían que era muy lista. En el camerino, antes de salir al set, Susy le dijo a su padre: «Ella es linda y lista, papá». Y él se rió, le dio un beso en la mejilla y le dijo: «Pero tú eres más lista, mi amor». Susy ganó. Con la plata del premio su papá terminó de pagar el auto y la llevó a cenar a un lindo lugar de pollo frito.

Muchos años después a Susy le contaron que esa nena rubia que había sido su rival se había hecho actriz de telenovelas y que era famosa.

Cuando le dijeron eso, Susy pensó que ella también habría podido ser actriz. Y recordó esa vez que un hombre entró al set del concurso y se le sentó al lado, le dijo que él era director de televisión y que la quería para una miniserie: ella sería una chica superdotada a la que todos rechazaban por envidia. Susy le dijo al hombre que ella no era superdotada y se rió por un rato sin saber por qué se reía, y eso que en ese entonces tenía frenillos y no le gustaba reírse.

El hombre insistía en que ella era perfecta para el papel y le palmeaba la pierna, divertido. Entonces Susy le dijo que bueno, pero que tendría que preguntarle a su papá.

—¡Putas, putas, putas! Tres veces putas.

Fue lo que le dijo su padre, y le dio tres cachetadas. Y habría seguido, pero a Susy se le incrustó el labio en los frenillos y empezó a escupir sangre. Ese día lloró como nunca.

Ahora Susy también lloraba. Lloraba y se reía, lloraba y se volvía a reír. Se alejó de la ventana, se secó los ojos, dio una vuelta alrededor de la sala y cambió un elefantito de cerámica de lugar. Los recuerdos la ponían muy nerviosa: no tenía que recordar nada, tenía que estudiar. Entonces se agachó frente a la pantalla del televisor, se compuso el moño y agarró el libro de gramática. Salió de la casa.

—Disculpe, ¿es usted Susy?

En el bar no había nadie, salvo esa mujer gorda parada al lado de su mesa, con una servilleta y un lapicero en la mano. Le pidió un autógrafo. Le dijo que ella veía el programa y que esa noche seguro que iba a ganar porque...

—Yo no soy Susy.

Dijo Susy. La mujer la miró confundida, pero casi enseguida se sonrió, entrecerró los ojos, alzó el dedo índice y lo movió en sentido negativo.

—No, no, no. A mí no me engañas, querida.

Le dijo. Pero Susy no sonrió ni hizo nada, Susy volvió a su libro de gramática. La mujer dijo que bueno y murmuró algo de lo que Susy sólo entendió la palabra pelo.

A Susy ya no le gustaban esas cosas de los fans. Antes sí, antes ni siquiera entendía que algunos famosos dijeran que no les gustaba ser famosos. A Susy le encantaba ser famosa. Hasta muy entrada en la adolescencia le estuvieron preguntando en la calle que si ella era la Niña Genio, y ella decía que sí y se le calentaba la cara de emoción. La última vez que había ganado el título tenía once, y después, aunque tuvo más propuestas, su padre sólo la dejó hacer un par de comerciales de libros de texto. Entonces la gente la reconocía, los niños le pedían

autógrafos y se tomaban fotos con ella. Pero después vino ese día fatal en la fila del supermercado. El chico de la gorra se la pasó como si nada, la empujó, incluso, y no le pidió perdón. Entonces ella le tocó el hombro:

—Ése no es tu lugar.

El chico se dio vuelta y se la quedó mirando.

—¿Y quién eres tú para decirme cuál es mi lugar, esperpento?

Y Susy, como estaba acostumbrada a decir eso, le dijo eso:

—Yo soy Susy, la Niña Genio.

El chico la miró con cierta perplejidad y luego lanzó una carcajada salvaje con la boca muy abierta, y su aliento a pescado le pegó a Susy directo en la cara. El chico se rió tanto que se le salieron las lágrimas y se le cayó la canastita con sus compras. La gente de la fila preguntaba que qué ocurría, y el chico señalaba a Susy sin poder hablar. Susy alzó los hombros, indignada, y dijo:

—Le dije que soy la Niña Genio.

Y ya no hubo sola una persona en ese lugar que no se riera, o eso le pareció a ella, que tiró al suelo su propia canastita, salió corriendo y se sentó en un parque hasta que se hizo de noche.

Susy apoyaba su cabeza en una silla reclinable, mientras una mujer le ponía rubor en las mejillas y otra le quitaba el empince que le habían hecho en el pelo. No entendía por qué la estaban maquillando porque ella nunca se maquillaba. La mujer le explicó que el público comentaba que ella se veía un poco insípida en la televisión, y en la televisión nadie podía verse insípido. A Susy le pareció una explicación razonable.

—Ya estás.

Dijo la mujer. Susy se miró al espejo:

—Parezco un payaso.

La mujer giró la silla de Susy hasta quedar frente a ella, y la miró con la cara muy ladeada:

—Tienes razón, querida.

Se lamió la yema de dos dedos y se los restregó en las mejillas. Era para difuminar un poco la pintura, le explicó. Su saliva olía a cigarrillo. La puerta del camerino se abrió.

—¡Acá está!

Era su padre, que venía con una mujer rubia del brazo. Susy soltó un gritito de contenta, se levantó de un salto y aplaudió. Su padre tenía un traje marrón y el pelo engominado. Susy se le lanzó encima para abrazarlo, pero él la detuvo y le dijo:

—Espera, ¿no vas a saludarla? ¡Fue tu primera rival!

Y miró alelado a la rubia, que sonreía tan preciosa y saludaba tan amable a las señoras maquilladoras, que no paraban de decir que qué linda, que qué hermosa, que qué bella es Muchacha Soltera. Susy quiso decirles que todas esas palabras eran sinónimos y que repetirlas no le agregaba sentido a la oración, pero la rubia habló primero.

—¡Oh, Susy, cuánto tiempo!

Le dio dos besos rápidos en las mejillas, le agarró las manos y le deseó «¡la mejor de las suertes, querida mía!». Y, tras guiñar coquetamente un ojo de pestañas muy rizadas, le aseguró que su padre era un encanto. Luego tiró más besos al aire y dijo «adiós, adiós, tengo tanta prisa», abrió la puerta y se fue por el pasillo sacudiendo su pelo largo y brillante. Su padre iba saliendo detrás, pero Susy lo detuvo:

—Papá, qué bueno que viniste, ¡estoy tan feliz!

Y le dio un abrazo. Su padre le dijo que sí, sí, claro, pero la miró con una expresión extraña, como si no la reconociera.

—¿Qué pasa?

Le preguntó Susy, y enseguida se acordó del gorrito marinero. Se tocó el pelo, que le había quedado tieso por empuje y la laca, y trató de pensar una disculpa.

—Pareces un payaso.

Dijo su papá, se asomó a la puerta y se lamentó porque la rubia se había ido. Susy miró a su alrededor y se dio cuenta de que las maquilladoras también se habían ido, entonces se lamió las yemas de los dedos y se restregó las mejillas. Después se acercó a su padre, que seguía en el umbral de la puerta y le dijo:

—Ella es linda y lista, papá.

Y su padre le dijo que sí. Después, sin volver a mirarla, se alejó por el pasillo.

Diana

Diana tocó el timbre de la casa de su prima, y apenas se abrió la puerta los niños se le abalanzaron encima. Marianita tenía un trajecito rosa pomposo, Federico una camisa a cuadros manga larga y seguramente mucho calor. Parecían muñecos de torta.

—Dejen a su tía que la van a ensuciar.

Decía su prima, que se había puesto un vestido de flores que ella nunca le había visto, tenía el pelo suelto, visiblemente espolvoreado con espuma «máximo volumen», y estaba maquillada. Diana se agachó para darles besos a los niños y ellos se le colgaron del cuello; «¡Tía, tía qué me trajiste, tía, tía Federico me pegó, tía, tía Marianita es una mentirosa, tía, tía que qué me trajiste!».

Ella sólo había llevado una botella de vino. Se puso de pie y no supo qué decir. Los niños la agarraron de las manos y la jalaban hacia adentro. Diana recorrió la sala con la mirada y vio el mantel bordado de las fiestas y los muebles sin el guardapolvo que siempre tenían. Olía a ambientador de flores. Después se miró su *jean* desteñido y su camisa simplona y dijo:

—Pero qué elegantes están todos.

Su prima se alisó la falda del vestido y empezó con eso de que, bueno, era una fecha especial: había que celebrar lo de su beca y había que hacerle una linda despedida familiar. Diana le había dicho que se iba en un mes, que todavía tendrían tiempo de despedirse, pero su prima insistió. Porque un mes se pasa volando, dijo, y porque ahora que se iba a volver «importante» quizá ya no tendría tiempo para ellos.

«Importante», a Diana le irritaba que dijera cosas como ésa. Cómo le podía hacer entender que la beca de estímulo a jóvenes tercermundistas se la daban a cualquiera que fuera tercermundista, incluso si no era joven, como ella; sólo hacía falta declarar en un papel: soy subdesarrollada y un poco morocha y ¡chan! merezco la acción afirmativa o los demando. Y que sólo se sometió a semejante humillación porque no había pasado las últimas pruebas para docentes que hicieron *en* el Instituto y la echaron. «Hay que prepararse mejor, profesora», le había dicho el director, y el muy imbécil se sonreía condescendiente en su propia cara. «¿Prepararse para darle clases a esa manga de infradotados?», le dijo Diana, y el tipo la miró perplejo, alzó el teléfono y llamó al guardia para que acompañara a la profesora, que ya se iba. Pero ella —para seguir con la película mala— le dijo que no se molestara, que ya conocía la salida. Luego vino el portazo.

Ahora lo único que le quedaba en esa ciudad era una madre que estrenaba viudez y ataques de delirio, y una maldita fama de mediocre: con toda razón. Nadie iba a contratar a una idiota con problemas de conducta que no tenía ni un posgrado medio pelo, porque el mundo estaba lleno de idiotas con problemas de conducta que habían hecho

maestrías. Pero si le decía eso a su prima se iba a ofender porque, por si no lo recordaba, le diría con voz llorosa, ella no tenía ni un título intermedio: mucho menos madre. Su prima tampoco tenía hermanos, y había decidido desde muy chica que Diana era su único pariente; el parentesco real era más bien endeble, ni siquiera compartían apellidos cercanos: pero ella se empeñaba en actuar como si fueran siamesas separadas de forma traumática.

—Dianita, no has debido molestarte.

Le recibió la botella de vino con cara de ¡oh, qué fino!, mientras los niños saltaban a su alrededor y seguían preguntando por sus regalos. Diana hurgó en su cartera, pero sólo tocaba papeles, el celular y la colita que usaba para el pelo. Hasta que encontró su llavero de Betty Boop vestida de rumbera y zafó a la muñequita de la cadena con las llaves.

—Toma, preciosa, esto es para ti.

Marianita agarró la muñeca de goma con las dos manos, se la pegó casi a los ojos y giró la cabeza varias veces hasta que, al parecer, pudo enfocarla. Marianita era estrábica. Después preguntó que por qué su muñeca tenía esa argollita en la cabeza y Diana no supo qué decirle, pero Federico sí:

—Está enferma, le pusieron una placa de metal en el cerebro.

Le explicó, muy serio. Y ahora Marianita —boca abierta, entrecejo arrugado, ojitos perdidos— estaba a punto de llorar. Entonces Diana le dijo que no estaba enferma, y que eso era...

—¡Una corona!

—¡Ehhh!

Gritó la nena y le dio besos a Betty Boop. Ahora faltaba Federico. Volvió a buscar en su cartera y vio una lapicera negra. Justo tenía la de tinta borrrable, pero se le había gastado el borrador.

—Ésta es para ti. Fede. Y no tiene borrador porque como ya eres grande no te puedes equivocar.

—¡Ehhh!

Diana nunca había sido la tía de los regalos grandiosos, pero ellos siempre la festejaban. Recordó esa vez que le compró a Federico una camisa dos tallas más pequeñas y él se empeñó en usarla para un cumpleaños que tenía en la tarde. Parecía un luchador, pobre, pero estaba tan feliz. Y ahora la nena jugaba con esa muñequita contrahecha, la hija de Frankenstein.

Sonó el timbre. Su prima salía de la cocina, donde había ido a llevar el vino, y se acomodaba el pelo con las manos. Caminaba rápido, sus tacos hacían tac-tac y en la cara tenía gotitas de sudor. Diana iba rumbo a la puerta, pero su prima se le adelantó, la tomó por los hombros y la corrió a un lado, como un florero que teme que se rompa.

—No, corazón, yo me ocupo.

En la puerta apareció una anciana que tenía un moño con laca y mucho colorete en las mejillas.

—¿Acá vive Jimmy?

Preguntó. Su prima la agarró por el brazo y la entró a la casa.

—Dianita, ¿te acuerdas de la señora Flor, mi suegra?

—Ah, claro.

Ahora se acordaba. Diana la saludó con un beso en la mejilla y la anciana la miró con desconfianza. La señora Flor tenía demencia senil y se le daba por recorrer el barrio preguntando en cada casa si allí vivía un tal Jimmy. Pero esta vez, le explicaba su prima, le había pedido a su marido que la buscara casa por casa, porque si no se iba a perder el almuerzo, y éste era un almuerzo que convocaba a toda la familia.

—Mira si te nos quedas en el extranjero, Dianita.

Ahora iba entrando el marido de su prima.

—¡Felicidades, Estin!

Le dijo efusivo no bien la vio, y como nadie entendió su chiste tuvo que explicarlo.

—Estin, el científico genio.

Dijo con cara de obviedad. Luego soltó una risotada, abrazó a Diana y le dio un beso sudoroso en la mejilla, que ella se limpió con disimulo. Los niños, que habían estado sentados en el suelo de la sala jugando con sus falsos regalos corrieron hasta la puerta a mostrarle a su papá lo que la tía les había traído. Diana bajó la cara, avergonzada. Después salieron disparados hacia afuera, se subieron al auto viejo de su padre y sonaron la bocina, que sólo escupió un bip pobre: como un hipo contenido. La señora Flor se tapaba los oídos como si se tratara de un gran estruendo.

El almuerzo eran esos rollitos de carne que, según su prima, eran los preferidos de Diana. El marido abrió la botella de vino y dijo que se veía muy fino, pero que él prefería tomar cerveza. Su prima, en cambio, se

sirvió una buena cantidad en un vaso porque copas no había suficientes, dijo. Diana sabía que en esa casa sólo había una copa y siempre se la ponían a ella, aunque estuvieran tomando agua. «Porque tú debes de estar acostumbrada a tomar en copas», le decía su prima: ya que en su universo tomar en copa era sinónimo de ser alguien elegante y de categoría.

—Yo prefiero un vaso.

Dijo Diana, y fue a buscarlo a la cocina. Su prima se levantó apurada de la mesa y le dijo con la boca llena que tranquila, que ella se ocupaba, que por favor se sentara. Pero ya Diana venía de vuelta con el vaso. Su prima se quedó de pie: que si ese vaso era el correcto, preguntó, porque si no ella tenía otros más modernos: como los que salían en el canal de las recetas. Y que ya mismo iba a ir por uno para que...

—Que no.

Dijo Diana, cortante, y que se sentara por favor. Su prima volvió a la mesa rapidísimo, con su tac-tac y esa sonrisa de: ¡todo está divinamente! Después se empinó su vaso de vino: «Mmm, tú sí que sabes de estas cosas, primita». Y empezó a contarle de una amiga de infancia que se había casado hacía poco con un tipo de doble apellido.

—Salió en los periódicos. Ella muy rubia y todo, pero se le notaba el origen. La gente con dinero es pálida: esta chica es sencillamente desteñida. ¿Te acuerdas de ella, Dianita?

¿Por qué habría de recordar a alguien de quien le hablaban por primera vez? Diana dijo que no la recordaba, su prima no la escuchó: se estaba sirviendo más vino en su vaso con marcas de labial. Dijo ¡salud!, tomó un sorbo y puso el vaso en la mesa cual ficha de dominó. Los platos temblaron. Y siguió con su monólogo.

—... es que ésa siempre soñó con cazar a un millonario y mírala dónde está, la muy mosquita muerta. Yo no es que le envidie la suerte ni mucho menos. ¿A cuenta de qué?, si yo también soy una persona afortunada: tengo una familia ejemplar y te tengo a ti, primita, con ese cerebro prodigioso. ¿Y qué es la suerte si no eso?

El marido la interrumpió: que hablando de suerte, cómo era eso del premio que «Estin» se había ganado. Estaba claro, pensó Diana, que la velada se trataba de regodearse en su miseria. Sintió un hueco en el estómago en el que ahora aterrizaba, difícil, un pedazo de carne.

—¿Cuál premio?

Dijo en tono distraído.

—Ese de irte a al extranjero a estudiar no sé qué cosa...

Explicó. Su prima se rió: echó la cabeza hacia atrás como un cantante cuando canta y le dijo al marido que no fuera bruto, que no era un premio sino una beca, pero que igual él no iba a entender de esas cosas. Él le dijo que beca o premio era lo mismo, que le estaban regalando un viaje para que se fuera a hacer «no sé qué cosa» que ella quería hacer.

—¿No es así, Estin?

Y la palabra querer le sonó a Diana como un chiste cruel. Últimamente pensaba que su vida podía resumirse en todo lo que jamás habría querido. La señora Flor la miraba: ese maquillaje retro que le habían hecho le daba un aire desolado. Los demás también la miraban, como esperando que ella dijera cualquier cosa, moviera una mano o alzara la ceja para aplaudir y tirar confeti. ¿Porque qué importaba si lo que le habían dado era un premio o una beca o un grandísimo homenaje a la mediocridad? A estas alturas de la fiesta eso era un detalle menor, ¿no?

—Sí, así es.

Dijo Diana. Tomó vino.

—¿Viste, mi amor?

Dijo el marido de su prima, y su prima respondió que bueno, «cómo se llame da igual». Que mejor brindaran porque Dianita se iba a volver famosa y eso los llenaba de orgullo. Y se aclaró la garganta.

—Federico, alza tu coca-cola como te enseñé para el chin chin. Marianita, toma tu tete. ¡No, señora Flor!, ese vaso es el mío, usted brinde con agua. Toma, mi amor, tu cerveza. Eso, ahora sí; por nuestra querida Diana, para que...

—¡Que no está enferma!

Gritó Marianita y abrazó a Betty Boop vestida de rumbera: le daba besos en su carita maquillada, sus aretes amarillos y su tocado de colores. Federico intentaba arrebatarla.

—¡Federico!

Su prima alzó a Marianita, Federico se llevó la muñeca y salió corriendo alrededor de la sala. El papá corrió detrás.

—¡Este niño me va a provocar una congestión!

Se quejó y tosió un poco. Marianita lloraba desconsolada, y su prima pataleaba con el taco.

—¡Cómo me hacen esto justo en el brindis, carajo!

Entonces Federico se paró en seco y dijo que él era el monstruo comemuñecas, le arrancó la cabeza a Betty Boop de un mordisco y se la tragó. Después tosió desahogado, el papá lo alzó por las piernas, lo puso de cabeza y lo sacudió.

—¡Qué escupas, maldita sea!

Al tiempo que su prima gritaba: ¡el nene se puso morado!

Era casi de noche. Diana estaba en la puerta de la casa esperando el taxi y su prima la acompañaba. Federico estaba castigado. No sólo había hecho ese espectáculo tan desagradable en el almuerzo, le explicaba su prima, sino que, cuando lo habían llevado al doctor para que le hiciera vomitar la cabeza de la muñeca, le había escupido la cara a esa enfermera tan amable y había dicho groserías. Ahora el papá estaba teniendo con él una conversación de hombres. Marianita estaba dormida y la señora Flor había salido, pero a nadie parecía preocuparle.

—Ay, Dianita, disculpa todo esto. Tú dirás que somos una familia de locos.

Su prima se había pasado la tarde pidiéndole disculpas y conteniendo sollozos en medio de las frases. Diana le repetía que tranquila, que ella entendía, que así son los niños... Todo lo que quería era salir de ahí. El marido de su prima venía por el pasillo enjugándose la frente con un pañuelo y traía una hoja de cuaderno en la mano.

—Fede dice que lo perdones y te manda este dibujo que hizo con el lapicero que le trajiste.

Diana se miró en el dibujo con un vestido de princesa que decía en el pecho MI TÍA LINDA, y todos esos muñequitos diminutos que la rodeaban: MAMI, PAPI, MARIANITA BOVA, MI ABUELA FLOR. Y enseguida escuchó el llanto de su prima, que esta vez le salió ronco y profundo, como si se le hubiera roto algo adentro. Algo de vidrio.

—¿Por qué todo en la vida me salió mal?

Se lamentó. Diana miró su cara redonda embarrada de maquillaje, que ahora tenía la expresión repulsiva de un payaso triste, y sintió el impulso de abrazarla. De decirle que a ella también le había salido todo mal. Que querría romper el maldito dibujo, cerrar los ojos, nacer de nuevo, tener otra vida: no sabía cuál, pero no ésa. Tragó saliva, se le acercó a su prima hasta que pudo sentir el tufo de vino que exhalaba, caliente, y levantó la mano para tocarla. Estaba a punto de hablarle cuando vio que una luz las encandilaba desde la calle. Entonces bajó rápidamente la mano, se acomodó la cartera y dijo:

—Chao, llegó mi taxi.

Beatriz

Beatriz llegó temprano al banco. Le pareció que para ese trámite en particular estaba bien ser el primer cliente del día. En otra persona, quizá, se habría visto como un síntoma de desesperación, pero ella se cuidaría muy bien de que ése no fuera su caso. Saludó al guardia de seguridad con una sonrisa y le preguntó que en cuál de los cubículos podía pedir información para un préstamo de vivienda. El guardia señaló uno que decía: «Asesor comercial».

Antes de seguir, Beatriz se alisó el vestido y se dio vuelta para mirarse disimuladamente en uno de los vidrios de la puerta de entrada. Se veía decente, como una mujer atractiva pero decente que está pasando por una recesión económica y necesita una pequeña ayuda. Y no, no es que ella y su esposo no tuvieran con qué comprar una casa, le diría al asesor, pero preferían no usar la reserva porque corrían el riesgo de quedarse ilíquidos y eso no convenía en estos tiempos. Además, tener un crédito era una manera de mantenerse activos en el mercado financiero. Sí, ya sabía todo lo que diría.

Arturo la había instruido y no necesitaba más que su vestido violeta y un peinado que le despejara el rostro.

Caminó hasta el cubículo, que por suerte estaba vacío. El asesor comercial tampoco estaba, pero igual ella se sentó, cruzó las piernas y se pasó la mano por el pelo. Lo tenía peinado en una cola floja que, en caso de necesidad, ella se soltaría con mucha discreción y su interlocutor sólo notaría un leve cambio en el marco de su rostro que, por alguna razón imperceptible para él —Beatriz contaba con que fuera un él—, la haría ver más *sexy*.

Fue entonces cuando apareció el asesor comercial, pidió disculpas por su ausencia y se sentó frente a Beatriz. Ella apoyó las manos en el escritorio y se acercó para mirarlo bien: no lo podía creer.

—Eres tú, degenerado.

Le dijo casi murmurando, se puso de pie y miró a los lados, nerviosa. El asesor comercial se quedó perplejo y a ella le pareció increíble que quizá el tipo no la reconociera. Pero no quiso esperar para averiguarlo, se dio vuelta y caminó hacia la puerta; iba tan rápido que cuando estaba bajando la escalera del banco que daba a la calle se le rompió un tacón. Se detuvo, se agachó y trató de arreglarlo, pero no lo conseguía: temblaba. Maldito tacón, venir a fallarle justo ahora. Se sentó en la escalera, se sacó el zapato y vio que la media también se le había roto. Se sintió el pelo en la cara y hasta un mechón en la boca ensalivado. En la carrera de salida seguro que la hebillita se le había caído. No, menos mal, la tenía todavía en una punta del pelo porque era la única hebillita lila de la nena y... ¿a ese desgraciado por qué se le ocurrió ser asesor comercial?

Beatriz se echó a llorar, se tapó la cara con las manos. Entró en un ataque que no sabía cómo parar. Sacó su celular, habría querido llamar a su psicóloga, sólo que no tenía. Antes sí. Había alcanzado a ir tres veces por semana a terapia, pero un día Arturo le dijo que la terapia costaba lo mismo que un mes de pañales y que ella no podía ser tan desconsiderada. Entonces Beatriz, en un ataque de consideración, la dejó del todo y compró pañales como para tres meses.

Un bar, pensó, sería el único escenario posible para pasar el duelo; hacía siglos que no se tomaba un *whisky*. Dio saltitos hasta la vereda alzando su pie desnudo y paró un taxi. El chofer se bajó para ayudarla, le preguntó si estaba bien y ella le dijo que se había doblado el pie, que quizá estaba fracturado, y apretó los labios: como si estuviera conteniendo un quejido de dolor. Él le pidió que se apoyara en su hombro.

—Úseme de muleta, señora.

En el taxi se puso de vuelta su zapato plano, guardó el taco en la cartera y le dijo al chofer que la llevara al bar Flowers. Él la miró un poco desconcertado.

—¿No va usted al hospital, señora?

—Sí, claro, pero antes me veré con mi esposo, él me va a llevar.

—Mmm, una fractura no debe esperar tanto, señora, usted disculpe.

—Tiene razón, mejor lléveme al hospital.

Pensó que ese señor era muy amable y para qué desairarlo. Le sonaba el celular, era Arturo pero no contestó. Se excusó diciendo que no identificaba el número. El chofer asintió.

En la vereda del hospital, tuvo que convencerlo de que podía llegar sola hasta la sala de urgencias. Y cuando vio que el auto doblaba la esquina paró inmediatamente otro taxi: le pidió que la llevara al Flowers. Esta vez le dijo al chofer que se vería con una amiga íntima que se estaba divorciando: «Está destrozada, pobre», le contó con la voz quebrada. El hombre le hizo un gesto de aprobación por el espejo retrovisor.

El bar estaba vacío. Se sentó en la barra, pidió un *whisky* y se miró las uñas de las manos. No pudo encontrarles un solo defecto. Se las había arreglado el día anterior, escogió el esmalte lila, por supuesto... ¿Quién lo iba a creer? El tal Carlos de asesor comercial, ¡habrase visto! No había cambiado nada, tenía menos pelo, eso sí, como Arturo. Beatriz lo había reconocido perfectamente, si hasta le pareció estar viendo su cara asquerosa en esa fiesta donde tuvo la desgracia de conocerlo. Tenía un recuerdo casi nítido de esa noche: se acordaba de que había tomado vodka con naranja, se acordaba de que en esos días andaba de pelea

con Arturo y se le daba por cantar canciones de despecho —*Para ti no tengo amor ;no, no!*—. Se acordaba de que todos la rodeaban como a una reina y le hacían el coro y la aplaudían.

Se tragó el *whisky* de un sorbo largo. Le gustaba la sensación del líquido frío bajando por su garganta.

—¿Otro?

El barman le sirvió más. Era un negro muy fornido que la miraba de reojo mientras limpiaba una copa por dentro, con la mano envuelta en un pañuelo rojo. Beatriz bajó la cara y el tipo le preguntó que en qué pensaba. Ella sonrió tímidamente, volvió a tomar *whisky* y sintió que la cara se le calentaba. El negro dejó la copa limpia sobre el mostrador y agarró otra de muchas que había en una pileta; metió dentro su mano roja y la movió delicadamente. Beatriz admiró la meticulosidad con la que el negro limpiaba las copas. Arturo siempre le recriminaba a ella que los vasos no le quedaban limpios. Tampoco los platos o los tenedores. Antes de empezar a comer revisaba cada uno de los implementos que había en la mesa y decía: «Tienen grumos».

—¿Piensa en cosas tristes?

Insistió el negro. Y a Beatriz le pareció que un bar le daba ciertas licencias que un taxi no, y que quizá podría sincerarse con ese hombre que se estaba portando de forma tan considerada. Tomó aire y le aclaró, antes que nada, que lo de Carlos había ocurrido cuando ella estaba peleada con Arturo, su actual esposo. Y que ese pervertido, que ahora se hacía llamar «Asesor comercial», era entonces un completo don Nadie; esos que empiezan siendo «el amigo de un amigo», y al final nunca se sabe de quién. Porque, eso sí, cuando se armó el lío, todos sus amigos lo negaron: que a ése nunca lo habían visto, decían. Y después Hugo, el dueño de la fiesta en la que Beatriz había visto a Carlos por primera vez, recordó que sí, que lo había conocido en el último cumpleaños de Ana. Que cuál Ana, preguntó Beatriz, y Hugo, con su cara habitual de «de qué carajo me estás hablando», le contestó que quién dijo Ana, que él no conocía a ninguna Ana. El negro la miraba con una expresión confusa.

—¿Me sigue?

Preguntó Beatriz.

—La sigo.

Y ella siguió. Pero que todo eso fue después, cuando ya el daño estaba hecho. La noche de la fiesta todos se querían y se abrazaban y se daban besos en la boca.

—... porque hubo una época en que la gente joven se daba besos en la boca con mucha ligereza, y entonces nos sentíamos tan libres. ¡Ja! Una maldita farsa.

Beatriz volvió a terminar su *whisky*. El negro rellenó. Ella simuló no notarlo.

—... el caso es que el tal Carlos estaba loco por mí y me pidió que nos fuéramos a un cuarto. ¿No cree usted que es un perverso?

El negro detuvo el movimiento de su mano dentro de la copa y la miró:

—Absolutamente.

—¡Claro! Pero yo le dije que no, lógico, si ni siquiera lo conocía. Todo era muy confuso porque yo estaba un poco bebida y se me daba por soltar carcajadas sin saber por qué.

Beatriz soltó una carcajada a la que el negro le hizo coro. Ese negro era tan comprensivo y tan buen conversador, pensó, que podría pasarse toda la vida allí sentada viendo cómo limpiaba copas. Cuando pudo calmar su risa, Beatriz le confesó que al final había terminado en un cuarto diminuto y oscuro acostándose con Carlos, y que, la verdad, nunca tuvo muy claro cómo llegó hasta allí. Nunca tampoco le preguntó a nadie.

—Hay ciertas cosas que una no puede preguntar.

Dijo, y se aclaró la garganta. Pero que después vino lo malo, que el tipo se consiguió su teléfono y la llamaba todos los días para invitarla a cenar. Ella le decía que no, que muy amable, que ¡tan caballero! Pero que, con los días, el muy sucio empezó a dejarle mensajes groserísimos en la contestadora, y siempre terminaba gritando... Beatriz se paró en seco. El negro había acumulado varias copas limpias en el mostrador, y ahora estaba apoyado de codos en la barra, con la cara muy cerca a la de ella.

—¿Qué gritaba?

Le preguntó, mirándola fijo, sin pestañear. No bien recordó lo que ese desgraciado le gritaba por teléfono, Beatriz sintió rabia: sintió tanta rabia que, pensó, sería perfectamente capaz de volver a ese banco, acercarse a su cubículo y romperle la cara con su único tacón bueno. Fijó los ojos en su vaso vacío y le repitió al negro, en un murmullo, lo que Carlos dejaba grabado en su contestadora:

—Una vez más, por favor, una sola vez por atrás.

Hubo un bache breve de silencio que el negro rompió con una carcajada estruendosa. Beatriz lo miró sorprendida, pero luego sintió también

ganas de reírse. Se echó a reír, el tipo le sirvió más *whisky* : ella se lo tomó, pidió más, siguió riéndose.

—¿Y?

Preguntó el negro, todavía entre risas. Beatriz se abanicó la cara con las manos porque tenía mucho calor. Luego se soltó su cola de caballo delicadamente y guardó la hebillita en la cartera. Le pidió al negro que se acercara más y el tipo lo hizo. Sus labios casi rozaron los de ella, pero Beatriz lo esquivó y fue directamente a su oído. El negro olía a perfume y a humo y a *whisky* : todos esos olores juntos le gustaron.

—Y le juro por mis hijos que ese desgraciado nunca jamás cumplió su objetivo.

Beatriz se apartó, se alisó la falda con las manos, se irguió en su banqueta. Esta vez el negro asintió muy serio, volvió a sus copas y ella, sintiéndose más aliviada, decidió contarle el final de la historia. Le dijo que después el tipo se aburrió de llamar y que ella volvió con Arturo; y que a los dos meses quedó embarazada y decidieron casarse. Hicieron una gran fiesta con muchos invitados. Ella estaba tan emocionada: «¡Si es nene Luis, si es nena Carmen, como la abuela!», le dijo que les decía a todos, y que si le querían tocar la panza. Entonces llegó el imbécil de Hugo abrazado a un oso de peluche gigante y con el tal Carlos, que apenas vio a Beatriz se le tiró encima: «¡Una vez más, diosa, una sola vez por atrás!». Beatriz lo empujó, pidió auxilio y sus amigos se acercaron a apartarlo de ella. Arturo se quedó paralizado en el medio del salón y ella, cuando pudo zafarse del tipo, intentó llegar hasta él. Iba empujando a la gente que se acercaba a preguntarle, hipócrita, que quién era ese animal. «¡Es Winnie Pooh!», gritaba Hugo, y bailaba con el oso. Arturo caminaba de espaldas y miraba a Beatriz, desconcertado; se alejaba de ella y murmuraba: «¿Una vez más?», hasta que se dio vuelta y se fue. Ella quiso correr detrás, pero se resbaló y toda la gente se le vino encima. «¡El bebé!», gritaban. En una esquina del salón, Beatriz había visto por última vez al tal Carlos: estaba tirado en el piso como un pordiosero, abrazado a la pantorrilla de una mujer desconocida.

Hacía un buen rato, descubrió Beatriz, que nadie decía nada. El negro había terminado con sus copas, estaban todas juntas, impecables, formando una hilera en uno de los estantes. Ella se sentía tan mareada que no podía fijar los ojos en ningún punto. Sonó el celular: era la tercera o cuarta vez, le parecía. Abrió el bolso y buscó el teléfono durante un rato que le pareció exageradamente largo.

Cuando lo encontró había dejado de sonar. Tenía seis mensajes.

—¿Otra vez su marido?

Preguntó el negro, sentado frente a ella, tomándose también un *whisky* .

—Sí.

Beatriz se paró del banco y se acomodó el vestido que se le había subido demasiado y, quizá, no estaba segura, dejaba ver algo más allá de sus muslos. Marcó al buzón de mensajes, apoyándose en la barra de perfil. El negro también se puso de pie. Con el rabillo del ojo, Beatriz lo vio empinarse y pasear la mirada por sus piernas hasta llegar al culo, donde se quedó fijado y sonrió. Ella no podía moverse: el bar se había convertido en la nave Ula-ula del parque de diversiones, la que pone a prueba la fuerza centrífuga. Trataba de seguir lo que le estaba diciendo Arturo: que cómo le había ido en el banco, que la abuela no podía cuidar a los niños, que esa noche él tenía que salir, que volviera a la casa de una puta vez, que lo llamara... Pero ella no podía llamarlo, claro que no. ¿Qué le iba a decir? ¿Qué se había ido del banco sin ningún préstamo, pero que después se había zambullido en un pozo infinito de *whisky* con un hombre oscuro, visiblemente obsesionado con su trasero? Colgó. Miró a su alrededor. El bar seguía vacío. El negro cada vez más cerca.

—¿Le dijeron algo malo?

Le preguntó. Beatriz negó con la cabeza, apoyó los codos en la barra y se presionó los ojos con los dedos. Vio puntos de colores. El negro le agarró las muñecas con sus manos enormes.

—Tranquilícese, señora, su marido no puede ser tan troglodita, si usted le explica lo que pasó en el banco...

—No, no, no —lo interrumpió ella, zafándose cuidadosamente, alzando el dedo índice y ostentando su preciosa uña—: hay ciertas cosas que una no puede explicar.

Después abrió su cartera, miró dentro y vio que no tenía dinero suficiente. Había llevado unos pocos billetes y la tarjeta de la cuenta de los niños, que tenía estrictamente lo de las matrículas del jardín. Alzó la cara.

—¿Pero qué le pasa, señora? Está pálida, ¿quiere agua?

Dijo el negro y se dio vuelta, agarró una copa del estante y sacó una jarra de agua de la nevera. Beatriz empuñó los billetes que tenía en la cartera, los puso sobre la barra y salió casi corriendo, así coja como estaba, porque temió que el negro la siguiera. El corazón le latía tan rápido que tuvo que pararse en la esquina, apoyar las manos en las rodillas y tomar aire. Enderezó la espalda y estaba a punto de seguir caminando cuando descubrió su reflejo en el vidrio de una vitrina. Tenía el vestido arrugado, el pelo revuelto y el rímel chorreado, dibujando en sus mejillas dos grandes cicatrices negras. Se alisó la falda del vestido, se amarró la cola de caballo y después de aspirar y botar aire lentamente, sacó la tarjeta de los niños. Debía regresar al banco, estaba claro, pero antes tendría que pasar por una tienda y comprarse unos

lindos tacones violeta porque —se dijo, y se sintió por fin tan lúcida—:
hay ciertas cosas que una no puede hacer descalza.

Mary

Mary entró a su departamento y se encontró de frente con un superhéroe gordo que se quejaba de que ya no podía volar. Otra vez habían rodado la mesita del televisor hasta el *hall* de la entrada. La corrió hasta la sala y tiró su cartera en el sillón.

—¡Destrucción!

Gritó Miguel, que acababa de chocar con su tanque de guerra a dos robots que estaban en el piso. Mary fue a darle un beso.

—Hola mi amor precioso, ¿cómo estás?

Miguel ni se inmutó. Tenía los ojos fijos en los robots caídos.

—¡Los desterré del universo!

Dijo con su voz «espacial».

—Precioso, ¿te comiste esa comida tan rica que te hizo Nelly?

Mary lo alzó y lo besó en la cara. Él pataleaba en el aire y se limpiaba después de cada beso:

—¡Guacala!

Tenía puesto su disfraz de mago y se le cayó el sombrero. Del sombrero se salió el conejo, el pañuelo rojo y la lámpara de piso tamaño miniatura que fue a darle a Mary justo en el pie.

—¡Auch!

Se quejó ella, y su hijo soltó una risita. Mary se lo acomodó de lado, de piernas abiertas sobre su cadera ligeramente alzada, y se volvió a la televisión.

—¿Comiste rico, corazón?

Pasaban una propaganda de leche extra calcio. Nelly salió de la cocina: tenía un delantal manchado de verde y se secaba las manos con un trapo.

—No comió, señora, dice que las habichuelas son venenosas. Sólo quiso cereal. Y acaba de llamar al señor Carlos, que va a pasar a saludar al nene.

—¡Nooo! ¡Arma mortal!

Miguel pateaba a Mary con sus talones afilados. Ella lo sentó en el sillón y le dijo:

—Shhh, basta.

Miguel se abalanzó sobre su cartera, la abrió y sacó al hombrecito de la nave, que todavía estaba empacado. Ella le dijo que no debía revisar la cartera de su mamá y que eso que había encontrado era un regalito que le iba a dar solo si se había comido las habichuelas, pero como no... Miguel ya había desempacado al hombrecito y le hablaba sobre una misión, mientras señalaba a uno de los robots «intergalácticos» que estaban en el piso. Ella suspiró de cansada, apagó el televisor y escuchó el timbre. Nelly fue a abrir la puerta.

—Siga, señor.

Mary fue a buscar un cigarrillo a su habitación.

—¡Zambomba, aún respira! ¡Por las barbas de mi abuelo, elimínenlo!

Gritaba Miguel. Cuando Mary volvió a la sala vio que Carlos estaba agachado frente a su hijo y lo tomaba por los hombros:

—Basta, Miguel: no hables así.

Después le dio una caja envuelta en papel de regalo, lo besó en la frente y la miró a ella.

—Tienes que hacer algo, Mary. El niño está todo el día viendo televisión y habla como los dibujitos. ¿Cómo es posible que diga «zambomba»?

—Bueno, «por las barbas de mi abuelo» me parece peor, querido.

Dijo Mary, y prendió su cigarrillo. Miguel había roto el papel de regalo y jugaba ahora con el carro de bomberos que le había traído su papá. El hombrecito de la nave yacía bajo el sillón.

Carlos le preguntó a Mary si no había dejado de fumar, se sentó y subió a Miguel sobre sus piernas. Mary le dijo qué te importa, prendió el televisor y se quedó de pie. Estaban pasando el noticiero. Lo apagó. Después se puso el cigarrillo en la comisura del labio y fue a levantar a Miguel. Cuando lo alzó, el carro de bomberos cayó al piso y sonó una sirena.

—Ya es tarde. Tiene que dormir.

Dijo ella. Le salió una voz rara: como la «espacial» de su hijo. Hacía mucho que no hablaba con un cigarrillo en los labios. Nelly salió de la cocina y dijo «hasta mañana, señora».

—Déjame sólo un ratito, Mary, por favor. Lo extraño.

Carlos la miró con ojos de súplica. Miguel la abrazó fuerte y escondió la cara en su cuello.

—Pero él no. Acá nadie te extraña.

Mary caminó rumbo al cuarto de Miguel.

Miguel no se quería dormir, decía que la galaxia estaba en peligro y que él había perdido sus poderes porque Robotina no le había dado de comer.

—Te he dicho que no llames así a Nelly.

Le dijo Mary, y después le cantó la canción de la iguana. Miguel se durmió. Antes de apagar la luz Mary miró su capa de mago y recordó que Carlos se la había comprado para su primera fiesta de disfraces en el Jardín. La capa ya estaba vieja. Mary pensó que al día siguiente le compraría otra. O no, no otra capa, mejor otro disfraz.

Salió del cuarto y vio que Carlos seguía en el sillón de la sala. Estaba viendo en el noticiero algo sobre el accidente en el metro. Un niño aplastado: el suicida precoz, lo llamaban. La madre había llorado en vivo en todos los programas y los analistas culpaban a los dibujos animados de la tragedia. Algunos testigos dijeron que el niño quiso volar y se tiró por la ventana. Carlos se veía consternado. A Mary le pareció el colmo que él creyera que podía ver el noticiero en su casa, así tan olímpicamente.

—No puedes venir a mi casa así como así.

Dijo, y apagó el televisor con el control. Estaba parada detrás del sillón. Carlos se volvió a mirarla.

—¿Viste lo de ese accidente? ¿Viste lo que dicen de los dibujitos? Me preocupa Miguel, Mary.

—Ay, nunca lo saco en metro.

—Nunca lo sacas, querrás decir. Y ése no es el punto, sino que se la pasa todo el día viendo porquerías y hablando como un superhéroe espacial.

—Estás exagerando.

—¿Exagerando?

Mary se metió en la cocina y se sirvió un vaso de vino. Carlos entró detrás, se sirvió otro y se le puso enfrente. Mary vio su cara reflejada en el vaso de él, era un fantasma de película de terror. Qué pálida estaba. Qué muerta estaba. ¡Qué ojeras! Quiso tener ganas de estrellar el vaso de vino contra la pared, de maldecir y de decirle a Carlos que se largara

de una puta vez y la dejara en paz. Pero estaba tan cansada. ¿Con que cara venía a su casa a decirle cómo criar a su hijo? Él, que los había dejado por...

—... esa bruja.

Dijo Mary.

—¿Qué bruja? ¿De qué hablas? ¿Estás borracha?

—Tuve un mal día, Carlos. Mejor vete y hablamos después.

—No, no me voy a ir. Y yo también tuve un mal día.

—Ah, sí, claro. Si quieres hacemos un *ranking*, querido.

Mary salió de la cocina, fue hasta su habitación. Carlos la siguió. Ella entró al baño y se desvistió. Se puso una bata y volvió a salir. Ahora Carlos estaba sentado en la cama tomándose su vaso de vino y mirando el techo. No el vaso de él, el de ella: el de las florcitas. Mary tomó del tocador la crema para desmaquillarse y vio que él la miraba con esa expresión acusadora. Ahí venía de nuevo.

—No entiendes, ¿verdad? En serio me preocupa Miguel, la última vez que lo llevé a comer pidió «emparedados» y «goma de mascar». El niño vive en una burbuja, nadie habla de esa forma fuera de la televisión.

Mary se estaba pasando una toallita húmeda por los ojos y no supo si reírse o pegarle tres cachetadas. Era increíble verlo preocupado por semejante idiotez. ¿Qué era lo que quería, demandar a Cartoon Network?

—¿Qué es lo que quieres, demandar a Cartoon Network?

—No, quiero que nuestro hijo sea normal.

Nuestro hijo: ¡qué fácil lo suyo! Mary terminó de limpiarse la cara y bostezó. Pensó que no podía ser más descarado.

—No puedes ser más descarado.

—¿Qué? No hables mientras bostezas, ¿quieres? No se te entiende nada, ¿que soy un qué?

—Nada, que aquí el único anormal eres tú, y que no te atrevas a...

Carlos entró al baño. La dejó hablando sola, obvio, si ya sabía lo que venía: a decirme cómo criar a mi hijo, porque tú te fuiste y nos dejaste, grandísimo idiota. Mary abrió el cajón del tocador y sacó otro cigarrillo de los de reserva, lo prendió y se fue a la ventana. El aire estaba tibio y pegajoso: como un útero, pensó. Después se dio vuelta y vio que Carlos

se volvía a sentar en la cama. ¿Por qué no lo echaba de una buena vez? No podía entrar y salir de su casa y de su vida cuando se le diera la gana.

—No puedes entrar y salir de mi casa y de mi vida cuando se te dé la gana.

Carlos no pareció escucharla. Ahora estaba como congelado, mirando el vaso de vino. Después volvió a mirarla a ella:

—Hoy tuve un día extrañísimo en el trabajo. ¿Te puedo contar?

Mary quiso contestarle que no, porque a ella qué le importaba lo que le pasara, y que ojalá ella pudiera decir que tuvo un día extrañísimo y no un día de mierda.

—¿Qué te pasó?

Dijo. Él respiró hondo, tomó otro sorbo y lo saboreó. Se puso de pie y caminó lentamente hasta la ventana. A Mary todo le pareció un exceso. En eso sí que eran iguales todos los hombres. Tiran una bomba: hoy tuve un día extrañísimo en el trabajo. Ajá. Tres horas después continúan: maté a mi secretaria, por ejemplo. O como le había dicho él mismo aquella noche, hacía no tantos meses: me enamoré de otra mujer. Y esa vez Mary no dijo nada. Se dio una ducha, se metió en la cama, hicieron el amor y al día siguiente ella se fue temprano a trabajar. Sólo cuando estuvo sola en su oficina, frente a su taza de café de soya, pudo llorar y sentirse miserable. Y después de todo lo que había pasado, allí estaba ella, a su lado, esperando a que le contara la crónica de su día. Se le hizo un bollo en el pecho y se odió por tener tantas ganas de abrazarlo.

—Bueno, si no vas a hablar, mejor lárgate.

Le dijo.

—¿Yo?

—¡No, el Capitán Centella!

Le dijo Mary, quizá en un tono muy alto. Carlos la miró, hizo un gesto irónico o de reproche, o los dos, y luego la señaló.

—¿Ya ves que en esta casa sólo se piensa en dibujitos animados? Con razón Miguel está como está. ¡Cruzo los dedos, querida! Es que pienso en ese niño del metro y me da escalofríos.

Mary apagó el cigarrillo en el cenicero del tocador, se amarró fuerte el lazo de su bata. Carlos estaba matando el último sorbo de vino de su vaso de florcitas y acababa de acribillar el resto de su paciencia. Ella no tenía ninguna intención de pelear, había estado conteniéndose todo el

rato. Pero esto no se lo iba a permitir: cómo era posible que la acusara de corromper a su hijo cuando el único culpable de los traumas de Miguel era él.

—¡No sé qué mierda te pasa! Ahora te vienes a hacer la víctima cuando fuiste tú el que...

Carlos la paró, sacudió la mano como espantando a un bicho y le dijo que no empezara con eso. Puso cara de fastidio. Mary no podía creer que siempre fuera lo mismo: él los abandonaba, y eso había que aplaudirlo...

—¡Clap, clap!

Le gritó, y aplaudió muy cerca de su cara. Él se echó hacia atrás y la miró aterrado. Pero ella, que se quedaba lidiando con su hijo, con su trabajo y con el universo entero, era la culpable de todas las cosas malas que pasaban: hasta del suicida precoz. ¿Acaso ella había empujado a ese niño?

—¿Acaso yo empujé a ese niño?

Gritó más fuerte, casi sin darse cuenta de lo que estaba gritando, porque no era eso lo que quería gritar sino todo lo demás: lo del abandono y esas cosas, pero eso fue lo que le salió. Y es que con Carlos siempre le salían cosas como ésa.

—¡Destrucción!

Esta vez fue Miguel quien gritó y los dos corrieron hasta su cuarto. Cuando entraron, estaba parado sobre la cama con los ojos cerrados y una espada de plástico apuntando al techo.

—Está soñando, no lo toques. Vete, que yo me ocupo.

Dijo Mary, se arrodilló en la cama y le quitó la espada con cuidado de no despertarlo. Le bajó los brazos y lo acostó muy despacio. Carlos seguía allí, con la sábana en las manos. Lo arropó. Miguel murmuraba cosas.

—Habichuela, papi, bruja, muerte a Federico...

Mary se acostó pegada a su hijo, lo abrazó por la espalda, se secó las lágrimas con la capa de estrellitas desteñidas y la manchó con restos de rímel. Carlos se acostó detrás de ella, también la abrazó.

Mary no dijo nada, cerró los ojos y por un instante brevísimo sintió que en esa cama tan chica estaba toda su felicidad. Pero luego, en medio de la respiración de Miguel, de su llanto y del silencio, volvió a escuchar el sonido familiar, doloroso, de la puerta de salida.

Lili

Lili, desde su ventana, miraba a su vecina caminar desnuda por el departamento. En la pared del fondo la seguía su sombra, que era como ella: perfecta. A veces a Lili le parecía que su vecina estaba desfilando, porque metía la panza y sacaba el mentón como las modelos. Entonces recordaba que su madre decía que las mujeres hermosas no tenían pudor, y ella se preguntaba si era mejor ser pudorosa que linda. Cuando miraba su cuerpo desnudo en el espejo de la habitación. Lili pensaba que si ella fuera linda tampoco tendría cortinas.

En la mañana se probó cuatro faldas para ir al trabajo y ninguna le gustó:

—Malditas caderas.

Finalmente se puso un vestido *beige* de botones y cuello redondo que había comprado hacía dos semanas en el mercado. Era uno de esos vestidos ajustados, semicortos, de tela más bien delgada, que jamás se le hubiera ocurrido comprar. Pero ese día tuvo que hacerlo para defender su dignidad. «Ese vestido es talla L, señorita. Si se lo prueba por abajo lo va romper», le había dicho el vendedor desde la caja y ella quiso salir corriendo, pero fue valiente y lo enfrentó: «Ni siquiera estaba mirando ese vestido», protestó en un tono inaudible. Después le dio un ataque de orgullo y dijo que lo llevaría, y que estaba tan segura de que le quedaba que no se lo iba a probar, ni por abajo ni por arriba ni por ningún otro lado. Seguro que nunca lo usaría, se lamentó cuando salió de la tienda.

Pero allí estaba, dos semanas después, caminando rumbo al metro con su vestidito ajustado y deseando con todas las fuerzas no encontrarse con nadie conocido. Sentía la angustia de que en cualquier momento alguien doblaría la esquina y se acercaría a saludarla: «¿Y ese vestido?». Luego vendrían las risas. Ella odiaba el sonido de esas risas.

Cuando llegó, el metro estaba por arrancar y tuvo que correr para entrar al vagón del medio. A Lili no le gustaban los de los extremos porque cuando había accidentes eran los que más sufrían. La noche anterior había visto en el noticiero el cráneo de un niño aplastado en los rieles: la ventana del último vagón se zafó y el muchachito voló por el hueco. El nene estuvo consciente durante siete minutos, pero no podía moverse. Entonces vino el siguiente tren.

Lili se sentó al lado de un señor que tenía los ojos muy abiertos, aunque roncaba. En el asiento de enfrente una nena se chupaba el dedito después de revolverlo muchas veces en su oído. Un chico de gorra estaba apoyado en la puerta, y su novia, que tenía unos *shorts* diminutos, lo abrazaba, le daba besos en el cuello. Él se quedaba quieto: se dejaba hacer. La escena le recordó a su novio de la adolescencia, un guitarrista odioso que nunca le agarraba la mano mientras caminaban, como lo hacían todos los novios del mundo. Como lo enseñaba ese álbum que todas sus amigas tenían: «Amor Es: llevar a tu chica de la

mano». Lili nunca le dijo lo del álbum, el solo hecho de tener novio ya era un mérito; además, pensaba, andar así sueltos los hacía parecer más adultos, más seguros de sí mismos. «Tenemos una relación madura», le había dicho él, cuando ella le preguntó por qué se besaban tan poco.

Ahora una señora ocupaba el lugar del hombre que roncaba despierto. La señora le hablaba, le decía que los calores de esos días inflamaban las neuronas y causaban muerte súbita. Que a su cuñada le pasó: se le estalló una vena y empezó a sentir como si la cabeza se le incendiara. Se acostó a dormir y no se levantó más. Calores asesinos.

La tienda estaba cerrada. Lili se sentó a esperar a su jefe en el banco de enfrente. Aprovechó para retocarse las cejas con una pinza y un espejito diminuto que guardaba en la cartera. En el almacén de al lado la misma mujer de todas las mañanas se contemplaba en la vitrina: lanzó un grito que pareció llanto, pero era risa; luego se lamió la yema del índice y dibujó un corazón con ojos y boca triste. Después escupió. Llevaba un vestido de gala viejo, lentejuelas brillantes color violeta. Se le hacían arruguitas en la panza: un respiro de más y la tela se rasgaba. Cada movimiento producía un destello excesivo. Lili buscó ponerse en otra posición, pero el destello la perseguía. Dejó la pinza y sacó una revista que ya había leído. «Consejos para disimular las piernas maceta», se llamaba el artículo central. La mujer empezó a cantar en inglés y a bambolear las caderas más seriamente. Era una fiesta de luces y volúmenes enormes.

Lili no sabía inglés. La loca sabía inglés y ella no. Lili había estudiado cosmética. Llevaba demasiados años encerrada en esa perfumería de barrio recomendando cremas que pronunciaba mal, usando labiales nacarados y probando cada quince días productos para alisarse el pelo.

Ahora venía llegando su jefe, el gerente del negocio, y miró con asco a la gorda de los destellos. Abrió la tienda y entró rápidamente. Lili se puso de pie y entró detrás de él.

—Buenos días, don Jorge.

—Hoy trabaja hasta las ocho, Liliana. No se le olvide. Y llame a la policía para que se lleven a esa loca que está afuera.

Lili levantó el teléfono y marcó un número sin ganas. «Señor agente, la loca tornasol está acá otra vez, bailando. ¿Por qué no viene y la saca a palos?, y al enfermo de mi jefe también, y de paso a mi vecina. Muy amable, muchas gracias».

—No contestan, don Jorge, intentaré más tarde.

A esa hora nunca llegaban clientes. Don Jorge aprovechaba para hacer el inventario y ella para aprenderse las especificaciones de los nuevos

productos. Hacía calor. Lili se tocaba la cabeza disimuladamente para medir su temperatura. Le preocupaban sus neuronas.

Don Jorge prendió un ventilador de pie y lo puso a girar. Lili se desabrochó los dos primeros botones de su vestido. Don Jorge le miró el escote. Ella se hizo la distraída, esas cosas la ponían nerviosa. Así era como empezaba todo siempre. Y después que yo no quise, que usted disculpe, que ya sabe cómo son las cosas. Pero Lili no sabía cómo eran qué cosas. Ella nunca supo entender esas señales; para ella, cualquiera que le echara el ojo se estaba haciendo una sola pregunta: ¿quién invitó a la gordita?

Por lo general, don Jorge era poco amable: no le gustaba hablar. Lili llevaba cuatro años trabajando con él y no sabía nada de su vida. Un día se enteró, por casualidad, de que tenía un hijo en el exterior. El chico llamó por teléfono a la tienda y como su jefe no estaba ella atendió.

—Dígale que es su hijo, por favor.

—¿Quién?

—Pero ¿no escuchó? Su hijo. Lo llamo desde los Ángeles: ¡no me haga repetir!

Lo de los modales era congénito.

Don Jorge se quedó mudo cuando ella le contó lo de la llamada. Después le pidió que se fuera, que ese día cerrarían temprano. Lili lo notó triste, pero no sintió lástima.

Al mediodía no había llegado ningún cliente. Lili se sabía de memoria las leyendas de las nuevas cremas. «Triple humectación: colágeno, miel y vitamina E; si observa una reacción desfavorable suspenda su uso». Don Jorge le seguía mirando el escote.

—La invito a almorzar, Liliana.

Ella quiso ser muda para no tener que contestar. También quiso ser, como siempre, muy flaca. Igual, no contestó. Agarró la cartera, se estiró hacia abajo la falda del vestidito y siguió a don Jorge. Fueron a un local de comida corriente, el menú del día eran albóndigas y puré. Olía a sudor de hombre. Don Jorge le sacó una silla y ella se sentó, pero quedó un poco incómoda: las caderas no le cabían y el calor era insoportable. Don Jorge pidió dos cervezas que vinieron con los platos casi enseguida. Lili miraba las albóndigas: eran iguales al cráneo del niño.

—Es muy bonito su vestido, Liliana.

Lili se metió un pedazo de albóndiga en la boca para empujar el nudo que se le había formado en la garganta. Aquí viene otra vez, se dijo. Después miró a don Jorge, musitó un gracias y le sonrió discreta.

Cuando salieron del restaurante, la tarde hervía. A Lili, el sudor se le concentraba entre los muslos; los tenía muy pegados y cada vez que se rozaban le ardía. Eso la hacía caminar con las piernas un poco abiertas.

En el camino de vuelta vieron a la loca tornasol llorando en una acera.

—¡Arderán en el infierno!

Les gritó. La tienda estaba un poco más fresca porque a Don Jorge se le había ocurrido dejar el ventilador encendido. Lili fue al baño a cepillarse los dientes. Se miró al espejo: estaba sonrojada, casi se gustó.

—Hoy no trabajaremos más, Liliana, con este clima no se puede.

Dijo don Jorge desde afuera. Ella no contestó y se tardó un poco más en el espejo. Cuando salió del baño la tienda estaba oscura, don Jorge estaba de espaldas a la puerta de entrada dándole llave. Lili se inclinó sobre una de las cajas de pago que miraba a la salida, apoyó los codos y esperó. Don Jorge se dio vuelta y enterró los ojos en el escote. Tenía el pantalón desabrochado. Avanzó hacia ella y se le puso detrás. Le alzó el vestidito. Lili pensó lo que siempre pensaba: que incluso ella valía más que un plato de comida. Pero no tuvo ganas de huir.

Regresó a su casa pasadas las cinco. Cuando entró al departamento abrió las cortinas esperando encontrar a su vecina de enfrente. Rogó que ese día no estuviera con el amante calvo que la visitaba por ratos.

Su vecina apareció poco después, desnuda, como de costumbre. Se apoyó en la ventana y miró hacia abajo, a la calle. Lili pensó que le gustaría invitarla a tomarse un té para contarle que esa tarde se había acostado con su jefe. Que había durado poco y que ella no había acabado, pero que no le importaba. «Los orgasmos están sobrevaluados», se le ocurrió que podría decirle. Era lo mismo que decían de los cosméticos orgánicos.

Quería contarle también de la loca tornasol, para que supiera que había mujeres más solas que ellas. Quizá, pensó Lili, cuando se sentaran frente a frente las dos, hasta podría darle algunos consejos sobre el calvo. «Amor Es: despertar juntos cada mañana». Y le diría lo de los cien cepillazos nocturnos que recomendaban las grandes casas capilares, y hablarían de hombres y de dietas y comentarían las noticias del día y los efectos del calor en el cerebro.

Su vecina alzó los ojos y a Lili le pareció que la miraba, entonces movió los dedos delicada, como camuflando un hola. Pero su vecina no hizo nada, su vecina bostezó, se dio vuelta y se encerró con su cuerpo perfecto en un cuarto. Los ojos de Lili se quedaron fijos en la ventana vacía.

Autora



MARGARITA GARCÍA ROBAYO (Cartagena, Colombia, 1980) estudió Periodismo y ha trabajado como reportera cultural, columnista de cine y profesora de análisis fílmico en su país. Ha sido coordinadora de talleres y seminarios de la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano. Desde 2005 vive en Buenos Aires, donde escribe para revistas como *Travesías*, *Surcos* y *Gatopardo* , y es columnista del diario *Crítica de la Argentina* .

